



**MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO**

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

UN amigo mío, con quien me unen vínculos sempiternos, ha dado en la flor de amenizar su ancianidad cultivando el huerto frondoso de sus recuerdos: mas en esta labor no le ayuda con la debida continuidad su memoria, que á las veces ilumina con vivísimo esplendor los días pasados y luego se eclipsa y los deja sumergidos en noche tenebrosa. Estas intermitencias del historial retrospectivo de mi amigo le turban y desconciertan. Escrita la primera parte de sus apuntes biográficos, no ha muchos días que la puso en mis manos pidiéndome que llenase yo las lagunas ó paréntesis que hacen de su obra una mezcrolanza informe sin la debida trabazón lógica de los hechos que se refieren. A tales escrúpulos respondí yo: «Simplón, no temas dar á la publicidad los recuerdos que salgan luminosos de tu fatigado cerebro y abandónalos que se obtienen en quedar agazapados en los senos del olvido, que ello será como si una parte de mi existencia sufriese temporal muerte ó catalepsia tras de la cual resurgirá la vida con nuevas manifestaciones de vigorosa realidad». Asintió á este parecer mi fiel amigo y no tardó en enviarme el primer capítulo de sus desmemoriadas memorias que á continuación verá el ocioso lector.

1

Incapacitado para el orden cronológico por la rebeldía innata de mis ideas, doy comienzo á esta primera parte de mi existencia por el fin ó los medios de ella.

Omito lo referente á mi infancia que carece de interés ó se diferencia poco de otras de chiquillos ó bachilleres aplicaditos. El 63 ó el 64—y aquí flaquea un poco mi memoria—mis padres me mandaron á Madrid á estudiar Derecho, y vine á esta corte y entré en la Universidad, donde me distinguí por los frecuentes novillos que hacía, como he referido en otro lugar. Escapándome de las Cátedras ganduleaba por calles, plazas y callejuelas gozando en observar la vida bulliciosa de esta ingente y abigarrada capital. Mi vocación literaria se iniciaba con el prurito dramático, y si mis días se me iban en *flanear* por las calles, invertía parte de las noches en emborronar dramas y comedias. Frequentaba el Teatro Real y un café de la Puerta del Sol, donde se reunía buen golpe de mis paisanos.

En aquella época fecunda de graves sucesos políticos precursores de la Revolución, presencié confundido en la turba estudiantil el escandaloso motín de la noche de San Daniel—10 de Abril del 65—, y en la Puerta del Sol me alcanzaron algunos linternazos de la Guardia Veterana, y en el año siguiente el 22 de Junio, memorable por la sublevación de los sargentos en el cuartel de San Gil, desde la casa de huéspedes, calle del Olivo, en que yo moraba con otros amigos, pude apreciar los tremendos lances de aquella luctuosa jornada. Los cañonazos atronaban el aire; venían de las calles próximas gemidos de víctimas, imprecaciones rabiosas, vapores de sangre, acentos de odio... Madrid era un infierno. A la caída de la tarde, cuando pudimos salir de casa, vimos los despojos de la hecatombe y el rastro sangriento de la revolución vencida. Como espectáculo tristísimo, el más trágico y siniestro que he visto en mi vida, mencionaré el paso de los sargentos de Artillería llevados al patíbulo en coche de dos en dos por la calle de Alcalá arriba para fusilarlos en las tapias de la antigua Plaza de Toros.

Transido de dolor les ví pasar en compañía de otros amigos. No tuve valor para seguir la fúnebre trauilla hasta el lugar del suplicio y corrí á mi casa tratando de buscar alivio á mi pena en mis amados libros y en los dramas imaginarios que nos emblesan más que los reales.

Respirando la densa atmósfera revolucionaria de aquellos turbados tiempos, creía yo que mis ensayos dramáticos traerían otra revolución muy honda en la esfera literaria, presunción muy natural en los cerebros juveniles de aquella y esta generación. Todo muchacho despabilado, nacido en territorio español, es dramaturgo antes de ser otra cosa más práctica y verdadera. Yo enjaretaba dramas y comedias con vertiginosa rapidez y lo mismo los hacía en verso que en prosa; terminada una obra, la guardaba cuidadosamente recatándola de la curiosidad de mis amigos; la última que escribía era para mí la mejor, y las anteriores quedaban sepultadas en el cajón de mi mesa. Claro es que yo frequentaba los teatros, principalmente en

los estrenos. En una localidad alta del Teatro Español asistí al estreno de *Venganza catalana*, del maestro García Gutiérrez, y quedé tan maravillado, que al volver á mi casa no se me ocurría más que quemar mis manuscritos... pero no los quemé; lo que hice fué imaginar otras cosas conforme al patrón del grandioso drama que había visto representar á Matilde Díez y á Manuel Catalina... Al relatar este suceso dudo si lo coloco en el lugar cronológico que le corresponde.

Pasaron días y al aproximarse el verano del 67 llegó á Madrid una persona de mi familia con un hijo suyo, mi sobrino, y me dieron la grata noticia de que me llevarían á París á ver la Exposición Universal, el acontecimiento culminante de aquel año. ¡Oh sorpresa del Destino en la vida de las criaturas! ¡Ora sean éstas hombres barbados, ora muchachos imberbes! Parecíame un sueño, un cuento de hadas verme yo transportado á París, la metrópoli del mundo civilizado.

Devorado por febril curiosidad, en París pasaba yo el día entero calle arriba calle abajo en compañía de un plano estudiando las vías de aquella inmensa urbe, admirando la muchedumbre de sus monumentos confundido entre el gentío cosmopolita que por todas partes bullía. A la semana de este ajeteo ya conocía París como si éste fuera un Madrid diez veces mayor. Frequenté paradas hacía en los puestos de libros, que allí son cajones exhibidos en los *quais* á lo largo del Sena. El primer libro que compré fué un tomito de las obras de Balzac—un franco: *librairie nouvelle*—. Con la lectura de aquel librito, Eugenia Grandet, me desayuné del gran novelador francés, y en aquel viaje á París y en los sucesivos completé la colección de ochenta y tantos tomos, que aún conservo con religiosa veneración.

De la Exposición Universal no hablemos; estaba instalada en un inmenso barracón céntrico—Campo de Marte ó de Marzo—y rodeada de magníficos jardines donde cada nación había levantado un edificio de su peculiar estilo. Si he de decir verdad, la Exposición me mareaba, me aturdió y siempre salía de allí con dolor de cabeza. Me agradaba más admirar las joyas artísticas del Louvre, del Luxemburgo ó las riquezas arqueológicas del Museo Cluny. Pero mi mayor goce era presenciar las grandes solemnidades públicas, como la revista militar que pasaba el Emperador á las tropas en los Campos Elíseos. Me parece estar viendo á Napoleón III con sus bigotes engomados y su perilla según la moda de aquel tiempo, el pecho lleno de cruces, figura en verdad poco napoleónica. También hice entonces conocimiento visual con la bellísima emperatriz Eugenia y con los soberanos europeos que fueron á visitar la Exposición, entre ellos el rey de Portugal, Don Luis I, el sultán de Turquía y el rey Guillermo de Prusia, que tres años después, derrotado Napoleón III en Sedán, se coronó emperador de Alemania en Versalles.

El resto de mi tiempo en aquel verano lo empleaba paseándome observando la transformación de la gran Lutecia iniciada por el segundo Imperio. Los boulevares Hausmann, Malesherbes, Magenta y otros de la orilla derecha, así como los de Saint Germain y Saint Michel en la orilla izquierda, estaban en construcción. No se veían más que derribos de barrios enteros y enormes hileras de andamios. Los progresos de esta reforma pude observarlos al año siguiente, pues el cielo benigno me deparó la inaudita felicidad de volver á París al año siguiente. *Estaba escrito* que yo completase rondando los *quais* mi colección de Balzac—*librairie nouvelle*—y que me la echase al colete obra tras obra hasta llegar al completo dominio de la inmensa labor que Balzac encerró dentro del título de la Comedia Humana.

Con las personas que me llevaron á París volví á Madrid sin incidente notable, y en el intervalo entre este primer viaje y el segundo—1868—saqué del cajón donde yacían mis comedias y dramas, y los encontré hechos polvo; quiero decir, me parecieron ridículos y dignos de perecer en el fuego. Pasados algunos meses, reanudé mi trabajo literario, y sin descuidar mis estudios en la Universidad, me lancé á escribir *La Fontana de oro*, novela histórica, que me resultaba fácil y amena. Un impulso maquinal que brotaba de lo más hondo de mi ser, me movió á este trabajo, que continué metódicamente hasta que llegaron personas de mi familia para llevarme á París por segunda vez. Heme aquí viajando por eta-

pas, ferrocarril del Norte, frontera pirenaica, Mediodía de Francia y Orleans, hasta dar fondo en la *Ciudad luminosa*. Esta me fué tan hospitalaria como en la etapa del 67.

Por abreviar, referiré que fuimos por jornadas cortas á través de la bella Francia hasta llegar á Bagnères de Bigorre, estación de baños en el Pirineo. Al escribir esto, surge en mi memoria una lamentable confusión. Ello es que, como también estuve en Cauterets, no sé si fué en este viaje ó en el anterior. Sea lo que fuere, reanudo el hilo de mi narración relatando que en el delicioso pueblo de Bagnères de Bigorre proseguí escribiendo *La Fontana de oro*, sin llegar á terminarla. Luego continuamos nuestro viaje á lo largo del Midi francés, llegando hasta la hermosa Provenza, Aviñón, Montpellier, Perpiñán... Aquí se embarulla otra vez mi memoria; pues recuerdo á Marsella como si la estuviera viendo. Sin duda retrocedimos de Marsella á Perpiñán, y entramos en España por carretera en viaje molesto y peligroso, hasta parar en la ciudad de Figueras, donde tomamos el ferrocarril para ir á Gerona. Ví y examiné esta población á mi gusto, visitando sus monumentos y recorriendo todas sus calles y plazas. ¡Qué lejos estaba yo de pensar que seis años después había de escribir el episodio *Gerona*! Tan fijos quedaron en mi mente las bellezas, accidentes y rincones de la invicta ciudad, que no necesité más para describirla.

Al llegar á Barcelona, me encontré de manos á boca con la Revolución de España que derribó el trono de Isabel II. Eran los últimos días de Septiembre. La escuadra con Topete y Prim se había sublevado en Cádiz al grito de abajo los Borbones. Serrano, Caballero de Rodas y otros caudillos militares desterrados en Canarias, habían vuelto clandestinamente en el vapor *Buena-ventura*, mandado por el valiente capitán Lagier. Toda España estaba ya en ascuas, Barcelona, que siempre figuró en la vanguardia del liberalismo y de las ideas progresivas, simpatizaba con ardorosa efusión en el movimiento.

Recuerdo haber visto al Conde de Chestre, Capitán General de la región, paseando por la Rambla al frente de los mozos de Escuadra. Su actitud imperiosa y un tanto teatral dejaba en el público impresión semejante á la de los espectadores de una tragedia donde todo se expresa en versos fríos y retumbantes.

Atento á la bullanga política, desde la fonda me sobraba tiempo para recorrer la ciudad risueña, verdaderamente encantadora. Aún existía la Muralla de Mar, paseo delicioso desde Atarazanas hasta el jardínillo del Capitán General. Iniciado estaba ya el grandioso ensanche con sus hermosas vías y el Paseo de Gracia, incomparable avenida que pronto había de rivalizar con las mejores de Europa. En mis sucesivos viajes á Barcelona he visto, año por año, el desarrollo de esta ciudad, que supera en belleza á las joyas del Mediterráneo, Marsella, Génova y Nápoles... Dejo esta materia para otra ocasión y continúo mi relato político diciéndoo que al siguiente día de haber visto en la Rambla al prepotente Conde de Chestre, llegó la noticia de la victoria de Alcolea, y ¡Viva España con honra...! ¡Abajo los Borbones! ¡Adios, generosa Isabel, hasta que volvamos á vernos en París, Palacio de Castilla, donde has de contarme interesantes casos de tu azaroso reinado!

Mi familia se asustó del barullo revolucionario, y como estaba anclado en el puerto el vapor *América*, correo de Canarias, nos fuimos á bordo para partir hacia las Afortunadas al siguiente día. Por la noche, desde el vapor, presenciábamos las demasías de la plebe barcelonesa, que se limitaron á quemar las casetas de consumos. Era una revolución de alegría, de expansión en un pueblo culto. Al amanecer zarpó el *América* para Canarias; y como yo ardía en curiosidad por ver en Madrid los aspectos trágicos de la Revolución, rogué á mi familia que me dejase en Alicante, donde hacía escala el correo; y con tanto calor me expresé, añadiendo el pretexto de continuar mis estudios en la Universidad, que mi familia me dejó bajar á tierra. Del muelle corrí á la estación; poco después me metía en el tren para Madrid... A las pocas horas de llegar á la Villa y Corte tuve la inmensa dicha de presenciar en la Puerta del Sol la entrada de Serrano... Ovación estruendosa, delirante.

(Continuaremos)

B. PÉREZ GALDÓS

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

II

ADELANTE, AMIGOS :- Madrid, Octubre de 1868

A los pocos días de presenciar en la Puerta del Sol la entrada del General Serrano, vi la entrada del General Prim, el héroe popular de aquella Revolución. El delirio de la multitud llegó al frenesí. Delante de Prim iba en un coche Tamberlick cantando el himno de Garibaldi. Desde el balcón del Ministerio hablaron Prim, y creo que Topete. El embravecido oleaje de la multitud creció de tal modo, que no pudimos entender lo que dijeron los caudillos de la Revolución. Creo que aquel mismo día se formó el Gobierno Provisional, cuyos nombres omito, porque pertenecen a la Historia bien conocida de todo el mundo, y sigo narrando la historia anecdótica, principal asunto de estas páginas tan verídicas como deshilvanadas. De Zaragoza recibieron nuestros gloriosos Generales una invitación para asistir a un certamen de Artes e Industrias que en aquella ciudad se celebraba. Prim no pudo ir porque tenía que quedarse en Madrid al frente del Gobierno. Fueron Serrano y Topete, y con ellos y tras ellos una caterva de políticos, literatos y periodistas. Entre estos, varios amigos me colaron a mí, que en aquellos días escribía en no sé qué semanario. El tren que conducía la variada muchedumbre de expedicionarios, partió una mañana de Octubre.

Si los magnates de la política y los literatos eminentes iban satisfechos, los chicos folclóricos reventábamos de gozo. Sin detenerse pasaba el tren por las estaciones, y en la de Sigüenza ocurrió un gracioso caso. En el andén estaba el pueblo en masa con todas las autoridades y entre ellas el Obispo, y una música que tocaba desafortunadamente el himno de Riego. Serrano, que al paso veloz del tren reconoció en el Obispo a su amigo Benavides, mandó parar y retroceder. Escena tumultuosa y patética. Se abrazaron el General y el Prelado, y el pueblo prorrumpió en aclamaciones frenéticas, mientras el chín chín de la música amalgamaba compases del himno de Riego con la Marsellesa. Al fin seguimos nuestro camino: nos despedimos de aquel genio, agitando nuestras manos y vociferando como energúmenos. El Obispo Benavides era un señor muy campechano. De la Sede de Sigüenza pasó al Patriarcado de las Indias; luego fué Arzobispo de Zaragoza y Cardenal... No describo la recepción que nos hizo el pueblo zaragozano, porque ya la supondrá el entendido lector. Discursos en calles y plazas, en balcones y en lo alto de un farol, en el pedestal de una estatua; abrazos de personas que no se habían visto nunca; plácemes, resonante murmullo de alegría, esperanza y fraternidad en todo el pueblo. Por la noche funciones teatrales, banquetes, donde se improvisaron programas políticos y se leyeron versos muy picantes, como una quintilla que entre aclamaciones frenéticas, recitó Manuel del Palacio en el Teatro Principal.

Al día siguiente, tempranito, me eché a la calle ansioso de conocer ciudad tan interesante, renombrada por su grandeza histórica y singularmente por el valor de sus hijos. En pocas horas recorrí sin guía el Coso, el Mercado, el Pilar y la Seo; vi la Torre nueva; después, la Escuela Pia, la parroquia de San Pablo, la Puerta del Carmen, acribillada por los balazos de los dos famosos Sitios; la Trinidad, la Aljafería, el Torrero y, por último, las ruinas de San Agustín. No puedo decir que todo esto lo viera en una sola caminata, sino en varias aquel día ó en los siguientes; ello fué que, por un misterioso móvil de observación, me fui apoderando de todos los aspectos característicos de la capital aragonesa. Mucho aprendí en aquel primer viaje, pero hasta mi segunda ó tercera visita, no conocí al famoso Mariano de Gracia, el hombre más salado, más simpático, más ameno, que ha nacido á orillas del Ebro. La Jota y los dos Marianos, Cavia y Gracia, son las mejores flores de Aragón.

Nuestro regreso á Madrid no careció de notas que pudiéramos llamar históricas. Almorzando en la estación de Alcalá de Henares, se nos agregaron D. Salustiano de Olózaga, Cristino

Martos y otras conocidas personalidades. Los generales Serrano y Topete nos habían precedido en un tren expreso. Los periodistas veníamos en un mixto. No recuerdo cómo coincidimos en aquella estación con Olózaga y Martos; lo que está bien presente en mi memoria es que Olózaga, el gran anti-dinástico, pronunció un grave discurso desvaneciendo las ilusiones de los que creían que las futuras Cortes Constituyentes proclamarían la República; y Martos, después de breve controversia, coincidió con la serena templanza del patriarca progresista. Parlotearon otros oradores y oradorzuelos. Sobre la marejada de aquellas disertaciones en que imperó el tono familiar, flotó la idea de que las Constituyentes se inclinarían á mantener el principio monárquico en una dinastía francamente democrática y popular. Tal era la idea de Prim, alma y verbo de nuestra Revolución, que hasta entonces parecía más que radical doméstica.

Pongo término á esta divagación anecdótica para decir que en Madrid seguí cultivando mi huerto literario. Volví á poner mano en la *Fontana de oro* y en otros trabajos, en periódicos y revistas. En aquel tiempo travé amistad con Albareda, fundador de *La Revista de España*, hombre sugestivo y mundano, dotado de extraordinaria sagacidad política... En mi narración llego á los días en que se apodera de mí el sueño cataléptico; no sé donde vivo, ni lo que me pasa, ni en qué me ocupo. Para llenar estos vacíos de mi relato, evoco mi memoria y le hablo de esta manera: «Memoria mía, mi amada memoria, cuéntame por Dios mis actos en aquella época de somnolencia».

La memoria refunfuña, se despereza y me contesta: «Tontín, ¿has olvidado que escribas articulejos de política en *La Revista de España*, nueva creación de Albareda? ¿Tan aturrido estás que no te acuerdas de que en *La Revista de España* publicaste tu segunda novela *El Audaz* y que al propio tiempo imprimías en la imprenta de Nogueras *La Fontana de oro*?» Diciendo esto, mi memoria inclinó la cabeza sobre el pecho quedando aletargada y muda. Y yo me dije: pues lucido estoy ahora; apagada la luz de mi mente, me entregó á un sueño profundo. En mis oídos zumbaba el ruido de las Constituyentes, palabras desgranadas del famoso discurso de Castelar contra Manterola, cláusulas de Figueras, apóstrofes de Fernando Garrido, de Paul y Angulo, estridencias lejanas de gritos y aplausos, y por último, estruendo de trabucazos... Mi memoria despierta con sacudimiento convulsivo y exclama: menguado, despabilate, ¡han matado á Prim! Ante mis ojos deslumbrados por una terrible realidad, desfila el cadáver de Prim saliendo de Buenavista para ser conducido á la iglesia de Atocha, y al siguiente día la gallarda figura de Amadeo de Saboya, que después de contemplar en la basílica el cadáver de Prim, entraba á caballo en Madrid para dirigirse á jurar la Constitución ante las Cortes. Día tristísimo, nevado el suelo, el celaje plomizo y el pueblo soberano admirando silencioso la gentileza del nuevo Rey!

Todo lo que sigue lo he referido en otras páginas; por consiguiente no me ocupo de ello, pues en estas Memorias no hallaréis más que lo anecdótico y personal. Dejarme ahora en mi sueño cataléptico... Siento pasar el 70, el 71, y á mediados del 72 vuelvo á la vida y me encuentro que, sin saber por qué ni por qué no, preparaba una serie de novelas históricas, breves y amenas. Hablaba yo de esto con mi amigo Albareda, y como le indicase que no sabía qué título poner á esta serie de obritas, José Luis me dijo: «Bautice usted esas obritas con el nombre de *Episodios Nacionales*». Y cuando me pregunté en qué época pensaba iniciar la serie, brotó de mis labios como una obsesión del pensamiento la palabra Trafalgar.

Después de adquirir la obra de Marlani, me fui á pasar el verano á Santander. En la ciudad cantábrica dí comienzo á mi trabajo, y paseando una tarde con mi amigo el exquisito poeta Amós de Escalante, éste me dejó atónito con la si-

guiente revelación: «¿Pero usted no sabe que aquí tenemos el último superviviente del combate de Trafalgar?» ¡Oh, prodigioso hallazgo! Al siguiente día en la Plaza de Pombo me presentó Escalante un viejecito muy simpático, de corta estatura, con levita y chistera anticuadas; se apellidaba Galán y había sido grumete en el gigantesco navío *Santísima Trinidad*. Los portmenores de la vida marinera en paz y en guerra que me contó aquel buen señor, no debo repetirlos ahora.

El tomo *Trafalgar*, donde se relata la terrible y gloriosa tragedia naval, se publicó en los primeros meses del 73, y en el mismo año dí al público los tres tomos siguientes: *La Corte de Carlos IV, El 19 de Marzo y el 2 de Mayo y Bailén*. Al año siguiente siguieron sin interrupción otros cuatro, y á principios del 75 terminé la serie con *La batalla de los Arapiles*. En los diez tomos conservé como eje y alma de la acción la figura de Gabriel Araceli, que se dió á conocer como pillete de playa y terminó su existencia histórica como caballero y valiente oficial del Ejército Español. La primera serie tuvo tan feliz acogida por el público, que me estimuló á escribir la segunda; en esta archivé la figura de Araceli y saqué á relucir la de Salvador Monsalud, personaje en que prevalece sobre lo heroico lo político, signo característico de aquellos turbados tiempos. Allí está la Masonería, las trapisondas del 20 al 25, la furiosa reacción, los Apostólicos, la primera salida del Pretendiente para encender la Guerra civil. Interrumpí esta serie con nuevos trabajos.

Sin dar descanso á la pluma, escribí *Doña Perfecta, Gloria, Mariánela y La familia de León Roch*. Alguna de estas obras coincidió con la Restauración. Cuando Alfonso XII entró en Madrid, estaba yo corrigiendo las pruebas de *Gloria*. De la Restauración, de la existencia relativamente corta del Rey Alfonso, nada diré en estas páginas. Refiriendo en otras los dos casamientos de este simpático Soberano, he contado algo y aun algo, que el curioso lector leerá donde lo hallare.

Después de *La familia de León Roch*, y sin respiro, *La desheredada*, en seguida me metí con *El amigo Manso, El doctor Centeno, Tormento, La de Bringas, Lo prohibido*... Hallábame yo por entonces en la plenitud de la fiebre novelesca. Del arte escénico no me ocupaba poco ni mucho. No frecuentaba yo los teatros. Desde mi aislamiento sentía el rumor entusiasta de los grandes éxitos de D. José Echegaray. Aquel portento iba de gloria en gloria fascinando á todos los públicos. Conocía yo las obras de Echegaray por la lectura, no por la representación. Pasaron años antes que yo viera sobre las tablas las obras del gran maestro. De este modo corría el tiempo hasta llegar al 85. El 25 de Noviembre de aquel año murió Alfonso XII, de cruel enfermedad en la flor de los años. Ocurrió en el Pardo este suceso, no por previsto menos lastimoso. Al día siguiente falleció el General Serrano. Proclamada la Regencia de doña María Cristina, subió Sagasta al poder, y su primer acto fué convocar las Cortes para el año siguiente. Un amigo mío, de quien he de hablar mucho en el curso de estas Memorias, indicó á Sagasta que me sacara diputado por las Antillas. En aquellos tiempos, las elecciones en Cuba y Puerto Rico se hacían por telegramas que el Gobierno enviaba á las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico; y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cortes, con un número enteramente fantástico de votos. Con estas y otras arbitrariedades, llegamos años después á la pérdida de las colonias. En la primavera del 86 se abrieron las Cortes. El que esto escribe, tuvo la satisfacción de ser incluido en la comisión del Congreso que asistió á Palacio al acto solemnísimos de la presentación del recién nacido Soberano de España, D. Alfonso XIII, el 17 de Mayo de 1886.

B. PÉREZ GALDÓS

(Continuaremos)

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

III

SINTIÉNDOME abandonado por mi memoria, la llamo, la interrogo en esta forma:

—Ven aquí, Memoria mía, auxiliar solícita de mi pensamiento. ¿Por qué me abandonas? ¿Duermes, estás distraída?

—El distraído eres tú. Años ha que estás engolfado en la tarea de fingir caracteres y sucesos. Apenas terminas una novela empiezas otra. Vives en un mundo imaginario.

—Es que lo imaginario me deleita más que lo real.

—Pues, como yo vivo solamente de la realidad, no oculto que me aburro en la cámara tenebrosa de tu cerebro poblado de fantasmas, y por el primer porriño que encuentro abierto me escapo... Me doy el gusto de divagar libremente por los espacios.

—Está bien, picaruela. Vuelve, entra, óyeme, y responde á lo que voy á preguntarte: ¿Sabes tú cuándo estuve yo en Ginebra? ¿Fue en mi primer viaje á París ó en el segundo?

—En los dos, bobito. Me parece que te estoy viendo pasear por el magnífico puente que une entrambas orillas del Ródano y detenerte á contemplar la isla de Rouseau y la estatua de este gran escritor. ¿No te acuerdas del hotel de Bergues?

—También estuve en el Metropolitano... Después fuimos á Lausanne, población encantadora situada en un alto que domina la extensión espléndida del lago Lemán; me instalé en un hotel que lleva el nombre de un escritor inglés que allí terminó su *Historia de la grandeza y decadencia del pueblo romano*.

—Hotel Giwon, tontín.

—Y también tengo idea de haber estado en Neuchâtel, donde vi un mercado de quesos Gruyère como ruedas de carro, en número infinito. Ahora, Memoria mía, dime cuándo estuve yo en Portugal.

—¡Esta sí que es buena! ¡Pero, si eso fué el año pasado, después que escribiste *Lo Prohibido*!

—¡Ah, ya! Ya estoy orientado, Memoria mía. Puedes dar otro paseito por los espacios, y estar te atenta por si vuelvo á llamarte.

Mi gran amigo Pereda y yo, fuimos á Portugal acompañados de un rico comerciante santanderino. Del 72, el primer año que yo visité la capital cantábrica, data mi entrañable amistad con el insigne escritor montañés; amistad que permaneció inalterable, fraternal, hasta que acabaron los días del glorioso autor de *Sofileza y Peñas arriba*. Algunos creen que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosas disputas sin llegar al alfilerado displicente. En verdad, ni D. José María Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros. En mi copioso archivo epistolar de que

hablaré más adelante, conservo como un rico tesoro, multitud de cartas de Pereda, escritas maravillosamente en aquella prosa fluida, galana, incomparable.

Pues, señor; nos plantamos en Lisboa, y allí se nos iba insensiblemente el tiempo contemplando las grandes bellezas de aquella ciudad, en la cual la irregularidad del terreno es un encanto más, como lo son el Taio caudaloso y la rica vegetación que esmalta sus orillas. En Cintra vimos un país de ensoñación, y el palacio de Penna, obra portentosa del rey D. Fernando de Coburgo, nos dejó atónitos. Los fabulosos jardines de Babilonia no son comparables á los bosques de gigantes cas camélias que forman bóveda impenetrable para el sol. El regio castillo es de caprichosa y elegante arquitectura. La ascensión á tales alturas se hace en borricos, muy bien enjaezados, que saben perfectamente su obligación, y cobran por ello un puñado de reis. Desde lo alto se descubre á la derecha una estatua de Vasco de Gama, erigida en un culminante picacho, y á la izquierda, en la llanura lejana, el palacio de Mafra, imitación de nuestro Escorial.

De Lisboa nos fuimos á Oporto sin detenernos en el monasterio de Alcobaça ni en Batalla, monumento religioso construido en conmemoración de la victoria de Aljubarrota.

Oporto es ciudad agradabilísima, cuna de las libertades portuguesas, situada en agrias cuevas á orillas del Duero, festoneada como Lisboa de amenos jardines. El cementerio, poblado de mármoles y flores á enorme altura sobre el río, tiene tal encanto y poesía, que los visitantes, fatigados de las inquietudes de la vida, envidian á los que reposan en eternidad tan apacible.

Oporto es la ciudad lusitana donde más y mejor se habla español. En ella tuvimos el honor de tratar á diferentes personalidades científicas y literarias, entre ellas señaladamente al insigne escritor Oliveira Martins, que me obsequió con un ejemplar de su magnífica obra *Historia de la civilización ibérica*. Agradecidos y satisfechos emprendimos la retirada hacia el Miño, internándonos en Galicia, donde no tardamos en separarnos, marchando los montañeses á Santander y yo á Madrid.

Sin acordarme ya de Galicia ni de Portugal, agarré la pluma, y con elementos que de antemano había reunido, me puse á escribir *Fortunaia y Jacinta*.

De los afanes literarios que hondamente embargaban mi ánimo, descansaba con otros afanes que en cierto modo corregían los efectos de la vida sedentaria. Me refiero á mi afición á los viajes. Apenas apuntó aquel verano me fui á Santander; embarqué en un vapor de la Trasatlántica que partía para el Havre. De este puerto partí inmediatamente para París, donde sólo estuve una noche. Al siguiente día, pasando por la Plaza de la Opera, ví en una tienda el anuncio de billetes circulares para la excursión por el Rhin. Sin pensarlo más, compré mi billete y emprendí mi correría solito, ansioso de pasar la frontera de Alsacia y llegar á Strasburgo. Ví la famosa catedral, con su reloj monumental que ocupa una pared entera del crucero, marcando en sin fin de muestras los minutos, las horas, los días, las semanas, los años y hasta los siglos. De Strasburgo pasé á Maguncia y Frankfurt, ciudad encantadora, pulcra y alegre. De allí me tras adé á Vibrick, donde tomé el vapor para la excursión fluvial que era el preferente atractivo de mi viaje. Deliciosa, incomparable jornada á bordo de un espléndido vapor. Comíamos sobre cubierta contemplando ambas orillas del Rhin, de cuya belleza no puede tener idea quien no las ha visto. Las guías y planos nos señalaban los parajes históricos y los fabulosos, la leyenda y la realidad. De las bellísimas poblaciones del tránsito, señalo Coblenza, y principalmente Bonn. En esta me hubiera quedado de buena gana para ver á mi gusto la casa en que nació el soberano músico Beethoven. Terminado en Colonia el trayecto fluvial de la excursión salí como flecha disparado hacia la catedral; el

monumento gótico más grande y perfecto que en el orbe existe. En el exterior descuellan sus dos torres y los airosos botareles; en el interior causan maravilla las vidrieras, imitación hábilísima de las antiguas, como las que lucen en nuestra catedral de León *Pulchra Leonina*. En las capillas se admiran hermosas obras de arte, y en el ábside los sepulcros de los Reyes Magos. Por cierto que nunca pude comprender cómo se encuentran á orillas del Rhin las momias ó esqueletos de los Soberanos de Oriente. ¿Será que cuando vienen estos señores á reparar juguetes á los niños en la fiesta de la Epifanía, se quedan por acá para esperar al año siguiente? Más asombro me causó ver en otra Iglesia los huesos de las Once mil Vírgenes martirizadas en Colonia. Esas reliquias ocupan enormes estanterías que llenan todo el templo hasta el techo. Después de una visita á mi amigo el doctor Fastenrath, continué por ferrocarril el resto de la viajata circular: Aix la Chapelle, Lieja, Bruselas, Namur, Lille, París, para seguir inmediatamente al Havre con objeto de embarcarme en el mismo vapor que me había traído de Santander. Expirando el verano volví á Madrid y apenas llegué á mi casa recibí la grata visita de mi amigo el insigne varón D. José Ido del Sagrario, el cual me dió noticia de Juanito Santa Cruz y su esposa Jacinta, de doña Lupe, la de los pavos, de Barbarita, Mauricia, la Dura, la linda Fortunata y, por último, del famoso Estupiñá.

Todas estas figuras, pertenecientes al mundo imaginario y abandonadas por mí en las corrientes veraniegas, se adueñaron nuevamente de mi voluntad. Visité á doña Lupe en su casa de la calle de Cuchilleros y platiqué con el usurero Torquemada y la criada Parcitos. Pasaba largas horas en el café del Gallo, donde me entretenía oyendo las conversaciones de los trajinantes y abastecedores de los mercados de aves. Por la escalera subía y bajaba veinte veces al día y en Puerta Cerrada tenía el cuartel general de mis observaciones. En la Plaza Mayor pasaba buenos ratos charlando con el tendero José Luengo, á quien yo había bautizado con el nombre de Estupiñá. Ved aquí un tipo fielmente tomado de la realidad. No lo describo porque ya lo habréis visto en su natural traza y colorido.

El viaje de boda de Juanito Santa Cruz y su regreso á Madrid, así como la intriga del bárbaro izquierdo, traficante en niños, hechos son imaginarios aunque parezcan reales. Lo verdaderamente auténtico y real es la figura de la santa Guillermina Pacheco. Tan sólo me he tomado la licencia de variar el nombre. La santa dama Fundadora se llamó en el siglo doña Ernestina. Recaudando cuantiosas limosnas, así en los palacios como en las cabañas, creó un Asilo en cuya iglesia reposan sus cenizas. Esta gloriosa personalidad merece á todas luces la canonización.

B. PÉREZ GALDÓS



La Catedral de Lisboa



Detalle del Palacio da Pena

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

IV

Asistí yo puntualmente al Congreso sin desplegar los labios. Oía, sí, con profunda atención cuanto allí se hablaba. De los debates no me ocupó, pues todo eso ha perdido interés en el vago curso de los tiempos. Trataré con preferencia las amistades que en el Parlamento hice. Por el cristal de mi memoria, que muy á menudo se empaña, pasan amigos de la política, de la literatura, de la prensa: Maura, Puigcerver, Canalejas, Villaverde, Gamazo, Balaguer, Núñez de Arce, Manuel Reina, Ramón Correa, Ferreras, el marqués de Castroserna... De los que cito á bulto, sólo vive Maura, actual director de la Academia Española, y aún conservamos la vieja amistad. Los demás pasaron, ¡ay! El que más perdura en mis recuerdos es el llamado *maestro Ferreras*, el hombre de mayor agudeza política, el más sincero y consecuente, el que siempre fué la misma modestia, el que habiendo podido ocupar los puestos más altos no quiso salir de su condición humilde y laboriosa, el leal amigo y en mil ocasiones consejero de Sagasta, pues Ferreras poseía como nadie el arte de expresar fielmente la opinión.

En la primavera del 88 Ferreras y nuestro amigo el marqués de Castroserna me catequizaron para ir con ellos á la Exposición de Barcelona. Castroserna era un prócer opulento y generoso, primer contribuyente por territorial en dos ó tres provincias, liberal de corazón y muy adicto á D. Práxedes. Poseía una galería de cuadros notabilísima que heredó de su hermano el conde de Adanero. Solía comer en el Casino y casi siempre enganchaba en el Congreso á algún amigo para que le acompañase á la mesa. Llevaba consigo descomunal petaca llena de riquísimos habanos. Fumador empedernido, con exquisita urbanidad contagiaba del vicio del tabaco á sus amigos y comensales.

De acuerdo los tres amigos, partimos en el expreso para Barcelona; nos alojamos en un magnífico hotel improvisado que, si no me engaño, se llamaba Internacional. Visitamos la Exposición, maravilla en la cual se revelaban los altos pensamientos y la tenacidad del inolvidable ciudadano Rius y Taulet. A nuestro jefe Sagasta le veíamos diariamente en el hotel Arnús, donde residía, y á la Reina Cristina ofrecimos nuestros respetos en el Ayuntamiento, convertido en residencia palatina. En aquellos alegres días todas las naciones del mundo estaban representadas en el puerto de Barcelona con lo mejor de sus escuadras. Cuando la Reina salía de paseo en la lancha real, mandada por el general Antequera, estallaba el cañoneo de las salvas. El estruendo formidable, el humo, el griterío de los hurras de la marinería, daban la sensación de una colosal batalla entre los cielos y la tierra. Quien tal presencié nunca podrá olvidarlo.

S. M. la Reina Regente se dignó un día convidarnos á comer á los diputados que estábamos en Barcelona. Coincidió esto con la llegada del Rey de Suecia que, viajando en su yate, se presentó inopinadamente en Barcelona. Los tres amigos tuvimos, pues, el honor de comer en palacio con dos testas coronadas: Oscar II de Suecia y la Reina Regente de España. A la hora prescrita estábamos todos los invitados en un salón, hasta que un funcionario palatino anunció la presencia de los Soberanos. En la puerta vimos aparecer á la Reina Cristina cogida del brazo de un caballero de alta estatura y elegantísima prestancia: era el Rey Oscar. Siguiéron ellos hacia el comedor y los invitados detrás. Cada cual ocupó su asiento en la mesa y empezó el banquete. Ni antes ni después de aquel día me había yo visto en actos tan ceremoniosos. Hablaba bajito con los que á mis lados tenia. Luego pude advertir que en la mesa reinaba cierta confianza y comunicatividad de buen gusto. La Reina y el Rey Oscar de Suecia sostenían conversación muy animada con Sagasta y las damas de la Reina; bromaban y reían. Pronto entendimos que el Soberano escandinavo explicaba el origen de la conocida locución *hacerse el sueco*.

Oscar II merece de la Historia calurosos elogios; fué un Monarca verdaderamente magnánimo. En el final de su reinado surgió en los pueblos escandinavos el grave problema de la separación de Noruega. Antes que derramar en intestina guerra la sangre de los dos pueblos

hermanos, consintió en la secesión, prefiriendo la gloria de austera humanidad á las aparatosas vanaglorias militares.

En el correr de aquel año 1888, diferentes acontecimientos embargan mi memoria; no sé á cuál dar la preferencia. Nada es importa que escribiera en aquellos meses el segundo y tercer tomo de *Fortunata y Jacinta*. No sé si anticipar ó retrasar fechas para referiros una nueva viajata. Otro de los amigos míos más entrañables fué y es Pepe Alcalá Galiano, nieto del famoso D. Antonio y pariente de todos los Galianos que en el mundo han sido; Valera, Casa Valencia, etcétera... Empezó su carrera consular en Jerusalén; luego sirvió en diferentes consulados y, por último, pasó á Newcastle, donde estubo muchos años. Había casado en Madrid con una dama irlandesa tan bella como ilustrada. Yo iba todos los veranos á Newcastle-on-Tyne y vivía algunos días con la feliz pareja en la casa del consulado disfrutando de la dulce hospitalidad inglesa. De allí partimos Pepe Galiano y yo para nuestros viajes estivales, que algunos fueron tan extensos como si diéramos la vuelta al mundo. Ved aquí la muestra: Embarcamos en el río Tyne para irnos á Rotterdam, interesante población holandesa; de allí fuimos á la Haya, y en esta capital, como en Amsterdam, admiramos las maravillas de la pintura neerlandesa en los museos de ambas ciudades. Si es maravilla grande la pintura de Rembrandt, no es maravilla menor la original estructura de la ciudad de Amsterdam, construída sobre canales como Venecia. Por verlo todo en aquella preciosa urbe visitamos con detenimiento el barrio judío, donde trabajan los lapidarios tallando el diamante. Y como urgía seguir nuestro camino para ver nuevas tierras, ¡adiós, Holanda limpia, país de jacintos y tulipanes!; ¡adiós, praderas risueñas y vacas fecundas, cuyas ubres manan ríos de leche; ¡adiós, Reina Guillermina!—á quien no tuvimos el honor de conocer personalmente—. Adiós, adiós, que nos vamos atravesando las llanuras alemanas hasta Berlín.

Ya estamos en *Unter den Linden* (bajo los tilos), avenida famosa que va desde el monumento del Gran Federico hasta la puerta de Brandeburgo, lo más animado y concurrido de la capital prusiana. Berlín es población grandona, triste; desuellan en ella el Palacio Imperial, la Universidad, el Parlamento, la modesta Residencia en que vivía Guillermo I; los Museos, así el de Pintura y Escultura como el Industrial, donde existen colecciones arqueológicas de un valor inestimable; el magnífico Parque que separa la población de Berlín de la de Charlotemburgo; el Panteón Regio, y en éste la soberbia escultura yacente de la Reina Luisa.

Visto y admirado todo lo interesante que posee Berlín, fuimos á Potsdam, el Versailles prusiano, y sin detener nos dirigimos al palacete *Sans souci*, labrado por Federico el Grande para pasar obscura y tranquilamente sus últimos años lejos del cortesano bullicio. En una de las salas de *Sans souci* está instalado hoy el *Museo Hohenzollern*, donde se admiran preciosas miniaturas, tabaqueras, autógrafos y miles de cartas.

Este palacio que ahora describo trae á mi memoria la siguiente anécdota hispano-prusiana: Cuéntan que el embajador de Carlos III de España, marqués de Sotomayor, llegó á la presencia del Rey de Prusia y después de las ceremonias de rúbrica, le dijo: «Sire: mi augusto Soberano desea que Vuestra Majestad se digne informarle de la táctica que ha usado en sus gloriosas campañas militares para que sirva de norma á nuestro ejército». Oyendo esto el Gran Federico, quedó suspeso, y entre riente y burión contestó: «¡Pero, señor embajador, si mi táctica es la española! La aprendí en la magna obra del marqués de Santa Cruz de Marcenado, que usted, como general, conocerá sin duda...» Quedó el marqués de Sotomayor tan corrido y turbado, que apenas pudo articular estas palabras: «Sí, Majestad, la conozco; pero...» Queriendo el Gran Federico cortar esta situación enojosa, cogió de la mesa próxima un papel de música y dándolo al embajador, le dijo: «Esta es una marcha compuesta por un gran músico alemán. Yo la considero obra maestra por su brevedad solenne y grandiosa. Lévela usted de mi parte á Su Majestad Católica para que la adopte como himno en los actos palatinos».

Ved aquí, lectores míos, cómo vino á España

la *Marcha Real*. Y si me dijeren que es invento como me lo contaron te lo cuento.

Vaya, caballeros, ya estamos aquí demás. Cogimos el tren y salimos pitando, atravesando Sajonia y Baviera hasta parar en Hamburgo, ciudad deliciosa, muy distinta de Berlín. En ésta domina la rigidez militarista; en Hamburgo el alegre bullicio comercial. En derredor del hermoso lago llamado Alster existen todas las casas de banca, las lujosas tiendas y los hoteles, donde casi todos los camareros hablan español. Hamburgo es ciudad cosmopolita; su inmenso tráfico con América trae á sus almacenes productos coloniales suficientes para abastecer á medio mundo. Apartada de la población comercial por largo trayecto en tranvías, está la población de los placeres, San Pauli, donde hallais los pasatiempos nocturnos: bailes, conciertos, completistas, gran mujerío, rifas, etc., etc....

De San Pauli nos vamos á la célebre Altona, ciudad dinamarquesa separada de Hamburgo tan sólo por una calle. Los que atraviesan esta vía, si llevan una maleita en la mano, son registrados, porque se pasa de uno á otro régimen aduanero. Galiano y yo sufrimos este pequeño vejamen, porque en Altona hay que tomar el tren para Kiel, camino de Copenhague. Hacia la capital de Dinamarca nos encaminábamos. En Kiel, cabecera del canal que Alemania estableció para comunicar el Báltico con el Océano, tomamos un vaporcito que, en menos de una noche, nos condujo á Körsör, y de allí un rápido tren nos llevó á tomar el desayuno en Copenhague. La primera evocación que surge en mi mente es la del famoso escultor Torwaldsen, que en los comienzos del siglo XIX renovó el arte griego con maestría. En nuestro Museo de escultura hay algo suyo que no recuerdo. Estudiando en Roma fué el escultor danés muy amigo de nuestro pintor Federico Madrazo, que le hizo un retrato. En Copenhague se conserva la obra completa de Torwaldsen, en el Museo que lleva su nombre. Allí están sus esculturas, unas auténticas y otras reproducidas; entre ellas, *El Día* y *La Noche*, dos bajorrelieves encantadores que, además de la fama, han alcanzado la popularidad. Visitando después todo lo interesante de aquella hermosa capital, es inevitable que lo imaginario se sobreponga á lo real. ¿Quién puede contenerse, dentro de la realidad, hallándose frente á la inmensa figura de Hamlet? Creado fué por un poeta, de quien otro poeta dijo que había creado tanto como Dios. Los *cicerones*, que abundan en toda localidad nutrida de recuerdos históricos ó de curiosidades sorprendentes, nos llevaron á contemplar lo que á juicio de ellos era la *gran atracción* de cuantos forasteros llegaban á la tierra danesa. ¿Qué portento querían mostrarnos los oficiosos *cicerones*? Pues nada menos que la tumba de Ofelia. ¡Por Cristo, la emoción que sacudió nuestros nervios ante aquel sepulcro apócrifo fué más intensa que si hubiéramos creído en la existencia de la infeliz doncella, hija de Polonio! ¡Oh poder del Arte que das al mundo creaciones más perdurables que las de la propia Naturaleza! Los *cicerones*, locuaces y muy aferrados á su oficio, nos hablaron de la pobrecita Ofelia como si la hubieran conocido y presenciado la ceremonia de su entierro. Mi amigo y yo, encantados de lo que habíamos visto, les preguntamos cómo iríamos á ver las famosas murallas del Sínore, donde se desarrollan las primeras escenas iniciales del primero de los dramas que en el mundo han sido. A ésto nos contestó uno de ellos que las murallas existían lo mismo que en el tiempo en que se apareció el fantasma del Rey difunto. «En menos de una hora de tren pueden ustedes ir allá. Ningún viajero se va de Copenhague sin dar un vistazo al lugar donde el Rey difunto volvió del Infierno para contarle á su hijo lo que todos sabemos. Vayan, vayan...»

Fuimos, y, sugeridos por el mágico poder del Arte, recorrimos la muralla en la noche tenebrosa y siniestra... no sé si con los ojos de la razón ó con los de la cara, vimos la trágica, la hermosa escena... El espantoso espectro del Rey con cetro y celada pasó gravemente ante nosotros sin mirarnos. De improviso sonó el canto del gallo; al oírlo, el espectro desapareció, y nosotros volvimos á la desahogada realidad.

B. PÉREZ GALDÓS

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

V

DESDE mi entrevista con la sombra del rey Hamlet, sentíme abandonado de mi memoria, que revoloteaba fuera de mi cerebro jugueteando con el Ovidio. No estoy seguro de mi derrotero para volver a mi querido Madrid. Es posible que mi amigo y yo regresáramos a orillas del Elba y que en los muelles de Hamburgo nos embarcáramos para Inglaterra. Llegamos a Hull, de allí fuimos a Newcastle; allí me separé de mi amigo. Sin el auxilio de mi memoria puedo asegurar que fui solo a Edimburgo. Solo fui también a Birmingham, desde donde partí para Strafford on Avon, patria del gran dramaturgo inglés y universal. Nada debo decir de Edimburgo ni de Strafford, pues ya lo he dicho en otro lugar. El itinerario de este vagabundo para llegar a Madrid, fué el siguiente: Londres, Dover, Calais, París, Burdeos, Santander. A poco de llegar a Madrid, ya estaba el español errante agarrado a sus cuartillas escribiendo *Miau*. El frenesí de emborronar papel llevome luego a trazar la *Incógnita*, dándole forma epistoliar. Inmediatamente empecé *Realidad*, que no es otra cosa que el mismo asunto de la *Incógnita* desarrollado en diálogo a la manera teatral. No pensé entonces llevar esta obra a la escena, y hubieron de pasar bastantes años hasta que *Realidad* apareciera ante las candilejas y entre los lienzos pintados.

Sobrevinieron los días estivales, marché a Santander, y desde allí, por cartas, tramamos Pepe Galiano y yo una escapatoria otoñal. ¿A dónde iríamos? A Italia. Yo me dirigí a Liverpool. Galiano y yo nos reunimos en Londres; pasamos el Canal de la Mancha, y en París tomamos billetes de ida y vuelta a Italia, yendo por Mont Cenis y volviendo por Vintimiglia. Corred, volad, exploradores de lo ideal, amantes de lo bello. Atravesados los Alpes por el túnel más grande que en el mundo existía, deteneos en Turín, la ciudad rectilínea; seguid a Milán, contemplad la *Cena* del inmenso Leonardo, el *Duomo* aéreo, la famosa *Galería*, la *Scala* y seguid, seguid hasta Verona, donde nos encontramos con una pareja ideal: Romeo y Julieta. Ved la casa de Capuleto, la casa de Montesco, los sañudos rivales reconciliados en el amor y en la muerte. Contemplemos las tumbas de los *Scaligeros* en medio de la calle, la *Signoria*, el *Campanile*, y por último vámonos a orar junto a la tumba de Julieta, que se conserva en el convento de los Franciscanos. Para llegar a este poético lugar atravesamos un sendero poblado de gigantescos cipreses. Verona es la ciudad de los balcones floridos y de los cipreses majestuosos y fúnebres. La tumba de Julieta es un sepulcro romano que tiene el aspecto de una tina de baño, y no está llena de agua sino de tarjetas. Todos los extranjeros que llegan a Verona dejan su nombre en una cartulina doblada por la punta. Excuso decir que también nosotros rendimos el mismo tributo.

Sucedió que en aquellos días se le hincharon las narices al Adige; la inundación invadió ciertos barrios de la ciudad, y como nos molestaba recorrer las calles en lanchas y barquichuelos, resolvimos *zarpas* de Verona para navegar en aguas de Venecia. Dominados por la obsesión de las figuras *shakesperianas*, nuestro primer pensamiento en Venecia fué buscar las huellas del valiente Otelo y del pérfido Yago. Ya no estaban allí; se habían ido a Chipre, donde tenían campo más ancho para su tragedia. El que sí encontramos, pasando por el puente Rialto, fué Shylock, el terrible avariento, que aún lloraba la fuga de Jessica y la desaparición de su tesoro por la sentencia de la hermosa y justiciera Porcia. No me detendré en describir los encantos de Venecia, que son harto conocidos en el mundo literario. Creo que *incurriría en amaramiento* si hablara con extensión de San Marcos, del Palacio Ducal, de las palomitas, ciudadanas predilectas del Municipio, que a las doce en punto acuden a comer a la plaza; del Gran Canal, del Puente de los Suspiros, del Colleone, el soberbio jinete cuyo caballo, rival de los de Lisipo, es el asombro de los venecianos; del Museo de San Zanipolo, donde existe lo mejor de la pintura veneciana; de los palacios, de las góndolas, del Arsenal, del Lido y demás encantos de la ciudad, entre los cuales no puedo contar la infinita plaga de mosquitos. Tales esgragos hizo en nuestra piel esta diminuta grey, engendro de las

lagunas, que a los pocos días tuvimos que salir de estampía para Padua.

Aunque en Padua continuaron acosándonos los aguijones anunciados con trompetillas, soportamos la molestia por San Antonio y su estupenda basílica; por los frescos de Giotto; por la virgen de la Arena; las pinturas del Mantegna; la estatua de Malatesta... y adiós Padua; vámonos a Bolonia.

Famosa por su Universidad, lo es también para nosotros por el Colegio que allí fundó en el siglo xv nuestro Cardenal Albornoz, que arrojado de España por D. Pedro el Cruel, buscó refugio en Roma. Recorrida la ciudad extensa de calles largas y tortuosas, con soportales que protegen al transeunte contra la tenaz lluvia de aquel país, dimos con la fundación de San Clemente, objeto principal de nuestra curiosidad. Cuando entramos, el portero nos dijo que el Director y los alumnos estaban en el campo y no volverían hasta pasadas las vacaciones. Nos contentamos con ver el patio de noble y elegante arquitectura; algunas aulas; la magnífica biblioteca y otras dependencias del hermoso edificio. Pepe Alcalá Galiano, que había conocido en Madrid a dos jovencitos de la mejor sociedad, que a la sazón eran alumnos del Colegio de Albornoz, preguntó al portero si podría enseñarnos las habitaciones de D. Alvaro y D. Rodrigo Figueroa. A lo que el amable portero contestó señalando una estancia: «Aquí es; pasen y verán el aposento donde viven esos dos señoritos.»

Entramos, y con rápido examen, pudimos apreciar el *confort* de la habitación estudiantil; buenos muebles, muchos libros, mapas, un juego de ajedrez, floretes para el ejercicio de esgrima, y entre todo esto, multitud de retratos de lindas y alegres muchachas de teatro.

Después de mirar bien cuanto había en el aposento, preguntamos si eran aplicados los chicos de Figueroa.

—Como aplicados... no sé, no sé; pero son listos, simpáticos, y aquí les queremos todos.

Estos señoritos de Figueroa, D. Alvaro y don Rodrigo, son hoy: el Conde de Romanones, Presidente del Consejo de Ministros, y el Duque de Tovar, ex Embajador de España en el Vaticano.

No quisimos salir de Bolonia sin ver lo más notable de aquella ciudad. Visitamos la iglesia del Rosario, donde está el sepulcro de nuestro paisano Santo Domingo de Guzmán, nacido en las inmediaciones de Burgo de Osma. ¡Cuán solitaria la iglesia y la capilla! Ni un alma vimos acercarse al mármol que encierra los restos de aquel santo varón. ¡Qué diferencia entre este templo y el de Padua, donde hormigüea la muchedumbre de gentes devotas del santo, aparrador de los humildes y el consuelo de los que padecen y lloran. Es que en la jerarquía celestial como en la terrena, la simpatía y el amor favorecen a unos, y a otros les envuelve en la fría indiferencia. Hay santos popularísimos, y entre todos descuella el portugués Antonio de Padua, ídolo de las muchachas; y los hay que, aunque tengan en el Año Cristiano una larga historia, no obtienen de los creyentes ni un recuerdo, ni una oración, ni una lágrima.

Memoria: ¿se me ha quedado algo en Bolonia? Si tú llevas cuenta de estos olvidos, guárdalos para otra vez, y vámonos a Florencia.

Ya estamos en la ciudad de los Médicis. Ven acá, memoria mía, y ayúdame. ¿Encontraremos aquí al Dante, quiero decir su sepulcro? —Bobalicón, ¿no sabes que el Dante está enterrado en Rávena? Aquí, en la iglesia de *Santa Croce*, existe un monumento con la siguiente inscripción: *Onorate l'altissimo poeta*.

—Ya, ya sé. Los demás monumentos contienen las cenizas de Maquiavelo, Alfieri, y no sé si Galileo. Y después de ver esto, ¿qué orden he de seguir para recrearme como es debido en las innumerables bellezas de esta ciudad?

—Ya que hablamos del Dante, empieza por visitar la casa en que nació y vivió el soberano poeta. De allí, te vas al Batisterio, donde tienes largo tiempo de éxtasis contemplando las puertas de bronce, obra del escultor Ghiberti. Sigue por diversas calles, donde puedes admirar hermosas estatuas, que en Florencia las calles son museos admirables, y pasito a paso llegarás a la plaza de la Signoria, donde verás la famosa Loggia dei Lanzi. ¡Oh, qué maravilla! ¡Qué prodigio de arte! Bajo unas arcadas sostenidas por columnas de piedra, se ven obras tan estupendas como el *Perseo*, de Benvenuto Cellini, el *Robo*

de las Sabinas, de Bacio Bandinelli, y otras obras de la antigüedad y del Renacimiento. Cuando mi amigo y yo entráramos en la Loggia, empezó a llover, y todos los chiquillos que en la plaza vendían fósforos y periódicos, así como las pobres vendedoras de golosinas, corrieron a guarecerse bajo las arcadas, donde existe a la intemperie uno de los más bellos museos del mundo. Y aquí se ve lo extraordinario y peregrino del caso. Entre las bellas estatuas juegan los chiquillos traviesos y toda la pobretería de la ciudad, sin que en el curso de los siglos se advierta en los mármoles y bronceos el menor deterioro, ni una rotura ni un rasguño. Y es que Florencia (es el pueblo único donde existe, no sólo el respeto, sino el culto del Arte, así en la aristocracia entonada como en la plebe misera. Echamos un vistazo a la estatua ecuestre de un Médico y, con la devoción que inspira un recinto sagrado, entramos en la *Galería de Gli Uffizi*, el gran museo, mejor dicho, el cielo de la pintura florentina, donde forman corte Rafael de Urbino, Andrés del Sarto, Perugino, Julio Romano y una pléyade interminable, que esta maldita memoria mía no me deja enumerar...

«Ven acá, memoria retózona y holgazana, ven y llévamos a donde podamos admirar el *David* del inmenso Miguel Ángel, y las graciosas esculturas de Donatello, sin olvidar a Pompeyo Leoni y Pedro Tacca...»

Vámonos pronto; condúcenos a ver el puente sobre el Arno y las risueñas campiñas que rodean esta ciudad...

Aunque mucho más podríamos decir de la deliciosa Florencia, tenemos que ir a Roma. Allí veremos a Miguel Ángel en su triple grandeza de pintor, escultor y arquitecto. Allí veremos la Roma pagana y la Roma papal. Allí saludaremos a nuestros amigos Julio II y León X, y daremos un apretón de manos a Julio César, Cicerón y Virgilio... Vamos, vamos; pero ahora me acuerdo, ¿no pasaremos por Asís y Siena? La memoria no dice que esas poblaciones, la una populizada por San Francisco y la otra por Santa Catalina, las veremos al regreso. Ahora no debemos detenernos hasta la llamada Ciudad Eterna.

¡Cosa más rara! Al cabo de un fatigoso y molesto viaje, entra uno en Roma como si entrara en cualquier ciudad provinciana. Todo lo que se encuentra desde la estación hasta la *Vía Trattina*—Hotel Americano—, donde nos alojamos, vulgarísimo; tan sólo la fuente de Trevi, que vimos de rellón, nos sorprendió por su opulento barroquismo y la abundancia de sus aguas corrientes. Sin quitarnos el polvo del camino, tal era nuestra impaciencia, nos lanzamos a través de las calles buscando la catedral de San Pedro, cuya cúpula, a ratos vista a ratos soñada, se nos aparecía entre el cielo y la tierra. Sin que nadie nos guiara pasamos el puente de Sant Angelo, y al fin llegamos a la inmensa plaza circular, la columnata, las desmesuradas estatuas de San Pedro y San Pablo...

Atontados miramos estas maravillas, y hallando abierta la puerta de la Basílica, nos colamos dentro. Recorrimos la gran nave; nos paramos frente al baldacchino, elevamos nuestras miradas a la cúpula y leímos el principio de la famosa inscripción *Tú es Petrus*, cuyas letras tienen tres varas de largo; luego dimos una vuelta por el ábside donde está la estatua del Pescador con las llaves en la mano, y encogiéndonos de hombros y con cierta indiferencia despectiva, salimos a la calle diciendo que el inmenso monumento nos había parecido pequeño.

En la segunda o tercera visita a San Pedro, los visitantes se hacen cargo del enorme tamaño de aquel templo sin igual. Y cuando por el *Portone di bronzo*, custodiado por la Guardia Suiza, penetramos en el Vaticano y recorremos los extensos patios, toda la planta baja, el Museo clementino, enriquecido con las más estupendas maravillas de la estatuaría griega, el Apolo de Belvedere, el Antinoo, las Venus, las Dianas, las Minervas, las Hebes, las Ceres, el Laoconte, el Nilo y los lindos grupos de Gracias, Musas, Ninfas, Nereidas, Sirenas, Quimeras, Parcas, y en fin, todo ese mundo marmóreo expresión de la fecunda fantasía helénica que, con las energías de la Naturaleza, creó la más alta poesía y la más bella religión.

Amigos, hasta luego. En próximo número os referiré historias y anécdotas de los Pontífices León XIII y Pío IX.

B. PÉREZ GALDÓS

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

VI

NADIE ignora que León XIII fué un hombre ilustradísimo, tan versado en las abstracciones teológicas como en el conocimiento de la vida social. Nuncio de Su Santidad en Bélgica, el cardenal Pecci, se acreditó de hábil diplomático, y al ocupar el solio pontificio á la muerte de Pío IX, dió pruebas de poseer extraordinario talento político. Condujo la *nave de San Pedro* con sutil destreza, evitando los escollos que en el revuelto mar de Europa le salían al paso. Cuentan que á pesar del irreductible antagonismo entre el Papado y la Monarquía italiana, el Pontífice y la reina Margarita, esposa del rey Humberto, sostenían comunicación familiar y afectuosa; León XIII contestaba á la reina con versos en latín, lengua que poseía con rara perfección. Su alta estatura, su despejada frente, su mirar penetrante, su boca rasgada y risueña, que le daba cierto parecido á Martínez de la Rosa, le hacían extremadamente simpático.

Tuve el honor de asistir con mi amigo Galiano á la misa de requiem que dió el Papa en San Pedro en la terminación del jubileo á los pocos días de nuestra estancia en Roma. De esta festividad solemne y aparatosa he hablado extensamente en algunos de mis libros. ¿En cual? No lo sé. He preguntado á mi Memoria, pero ésta se halla hoy tan distraída y volandera, que no ha podido sacarme de dudas. Para asistir á la misa papal en San Pedro, nos facilitó papeletas el ilustre caballero D. Alejandro Goroizard, á la sazón embajador de España. Un día nos convidó este señor á comer en su residencia del *Palacio de España*. Entre los comensales hallábase un abate romano de figura distinguida, arte social y charla donosa. Recayó la conversación en Pío IX—Mastai Ferretti—y tanto el embajador como el abate, convinieron en que el antecesor de León XIII era un hombre muy salado, graciosísimo.

Para referir lo que nos contó el abate, me precisa retroceder un pontificado, y en esto me ayuda eficazmente mi caprichosa Memoria, más fiel que en los hechos históricos, en lo anecdótico y familiar.

Eran los años turbulentos que anunciaban el fin del poder temporal. Dividida la opinión en dos bandos, los fanáticos del Papado se llamaban *negros* y los partidarios de la Casa de Saboya *biancos*. Recibió Pío IX en audiencia á una señora que le llevaba una ofrenda de dinero. Era la dama furibunda papista y tenía la costumbre de feñirse las canas, con tan poco arte, que llevaba su cabellera charolada como si fuera de azabache. El Papa, rodeado de su corte, la recibió con su habitual afabilidad.

Arrodillada la señora con profunda emoción ante el Supremo Jefe de la Iglesia, rompió á llorar; y Pío IX extendió su mano bondadosa sobre la cabeza de la señora, y disimulando la sorna con la cortesía, le dijo: «*lei sempre nera*»—usted siempre negra—. Y ella, sollozante y compungida, respondió: «*Sí, Santísimo Padre, io sempre nera*». Los de la corte papal, que comprendieron la sutil broma, se mordieron los labios para no soltar la risa ante la solemne escena.

La censura de toda clase de escritos era entonces tan extremadamente rigurosa, que no se podía publicar en Roma cosa alguna, periódicos, dramas, comedias, poesías, sin el exequatur del cardenal censor, que era hombre de una severidad desamparante. Un eximio poeta italiano le llevó una oda para que autorizase su publicación. El censor la leyó atentamente y negó el exequatur si el autor de los versos no cambiaba una palabra. ¿Pero, qué palabra, señor? Pues el adjetivo *angélica* que el poeta aplicaba á una mujer hermosa; semejante calificativo no podía darse más que á los espíritus puros ángeles del cielo. Discutieron largo rato el poeta y el cardenal, pero éste, más terco que un cerrojo, se cerró á la banda y dijo al poeta: «Señor mío, su oda no saldrá á luz en letras de molde mientras usted no cambie el adjetivo *angélica* por otro. Para pintar la hermosura de una mujer hay muchos y diferentes términos, por ejemplo: puede usted decir *fulanita* ó *menganita* es *armónica*, y no se meta usted con los ángeles». Después de largo disputar, el poeta, ya

cansado, con tal de ver su oda en letras de molde, accedió al cambio y se publicó la composición donde se decía que una tal Laura era la damisela más armónica que se conocía en Italia.

Este caso de censura fué en el Vaticano muy comentado y reído, y Pío IX se partía de risa cuando se lo contaron. Salía diariamente á pasear en coche Su Santidad acompañado de un cardenal; y una tarde que le correspondió esta honra al terrible censor, preguntando el cochero al Pontífice la dirección que debía tomar, Su Santidad, con rotunda y sonora voz, respondió: «*A la porta Armónica*». Suspenso y turbado el auriga, dió á entender que no conocía tal puerta. El Papa repitió la frase «*A la porta Armónica*» y gravemente añadió: «Antes decíamos la puerta angélica, pero Monseñor no quiere que digamos angélica sino armónica». Oyendo esta fina guasa, el intrasigente censor quedó corrido y anonadado.

A pocos meses de este verídico suceso, asaltaron los garibaldinos La Puerta Pía, y apoderándose de Roma, acabó el poder temporal.

Retrocediendo más en la cronología pontificia, hablaré de los Papas cuyos nombres van gloriosamente unidos á la historia del Arte.

A Julio II—della Rovere—correspondió la iniciativa de las grandes creaciones artísticas. Era muy entendido en pintura y gustaba inspeccionar personalmente las obras. Un día en que Miguel Angel estaba muy atareado con los frescos de la Capilla Sixtina, vió desde los altos andamios al Papa curioseando desde abajo. Era el gran pintor muy atarabillado y no le agradaba que escudriñaran su trabajo. Con el pie empujó un tablón que al caer no produjo más efecto que el ruido y el susto consiguiente. El Papa, tomándolo por las buenas, gritó desde abajo: «*Buonarroti, ¿no has visto que estoy aquí?*» Mediaron explicaciones y excusas; el artista quedó rezagando y no pasó más.

Una de las obras estupendas de Miguel Angel es el *Moisés* que esculpíó para el sepulcro de Julio II. Existe este colosal monumento en la modesta iglesia de San Pietro in Vincoli, situada en el Foro de la antigua Roma. Allí nos fuimos mi amigo y yo una tarde. Observamos que las excavaciones que se vienen haciendo para descubrir el Foro en toda su longitud están interrumpidas por conservar el soberbio mausoleo de Julio II. Entramos cuando la iglesia estaba ya medio á oscuras, sin otra feligresía que unas pobres beatas rezagadas. El sacristán agitando un manojo de llaves, las incitaba á despejar la iglesia; pero al vernos, viendo también la perspectiva de una propinjea, no cerró y nos dijo: «*Adelante, señores; allí lo tienen*». Señalaba una formidable masa blanca marmórea. Era el Moisés. Nos acercamos temerosos hasta llegar junto á la gigantesca figura y pusimos nuestras manos sobre el pie del Patriarca. Está sentado; con una mano sostiene las Tablas de la Ley, y con la otra acaricia su lengua barba; en su frente, dos ricitos marcan los cuernos luminosos con que en la antigüedad se le representa. Si esta figura se pusiera en pie tocaría en el techo de la iglesia. El mausoleo está incompleto porque falta la figura que debió hacer juego con el Moisés.

Sin requerir la asistencia de mi memoria pasamos de San Pietro in Vincoli al palacio Doria, que contiene uno de los más interesantes museos de Roma. Descuella como joya culminante en ese museo el retrato del Papa Inocencio X—Doria Pamphili—. Maravillosa obra de nuestro gran Velázquez que en su viaje á Roma enalteció con extraordinario vigor y valentía el realismo de la pintura española. No trató de embellecer la figura del Papa, ni colocarle en postura conforme á las rutinas académicas. La imagen del Papa resulta en su retrato como era en la realidad: Las facciones duras y bastas, el ademán tosco, el color del rostro encendido, herpético; viste de rojo y rojas son también las cortinas del fondo. El estilo jugoso del pintor se revela en esta obra como en *Las hilanderas*, *Las meninas* y *Los borrachos*. Campea el retrato de Doria Pamphili en una sala de honor, bajo un dosel, con el soberano aislamiento de las cosas únicas. Lo custodian dos servidores ostentando la librea de la ilustre casa, los cuales no permiten sacar copias ni fotografías de la obra de

Velázquez. Esta prohibición no debió ser absoluta en tiempos anteriores, porque en la colección de El Escorial, lo recuerdo bien, existe una copia, no muy fiel, de este famoso retrato.

A continuación de la sala que llamaríamos *del trono*, se extiende la galería del Museo Doria, compuesta de obras admirables, entre las cuales descuellan los retratos de Navagero y César Borgia, debidos á Rafael de Urbino; estas dos obras, con el Doria Pamphili de nuestro Velázquez, constituyen la principal atracción de aquel Museo.

Visitando los templos de Roma se ven suntuosos sepulcros de Papas; en San Pedro hay algunos de los más espléndidos. El de Julio II ya he dicho dónde está. Sixto V—Felix Peretti—está en Santa María Maggiore. En Santíssimi Apostoli admiramos el de Ganganelli—Clemente XIV—que decretó la extinción de los Jesuitas. En San Lorenzo Extramuros yace Pío IX. Todos los Papas tienen fastuosos sepulcros, con excepción de los Borgia, Calixto III y Alejandro VI, que están en cajas de plomo, arrinconadas en la iglesia española de Montserrat; así nos lo dió el Rector de dicha institución, Monseñor Benavides. La autoridad pontificia quería que España se encargara de dar sepultura decorosa á estos dos Papas valencianos, y el gobierno español, sin desestimar esta proposición, salió del paso con un largo expediente que en los días á que me refiero estaba muy lejos de una resolución práctica. Ignoro, pues, si estos dos Pontífices hispanos están todavía insepultos.

No creais que voy á decir peses del Papa valenciano Alejandro VI, como es constante manía en sus apasionados detractores; si era en verdad casquivano y mujeriego, divirtiéndose con suntuosos festines y aun corridas de toros en el Vaticano, también lo es que á él se debieron transcendentales acuerdos pontificios, como la demarcación que sabiamente trazó en el mapa asignando la mitad occidental del mundo á las conquistas españolas y la mitad oriental á las de Portugal. En Tordesillas recibieron los Reyes Católicos esta resolución, que la tuvieron por muy práctica y conveniente. Pasaré por alto las malandanzas y bienandanzas de este señor y me ocuparé de su descendencia, que dió mucho que hablar en el mundo. ¡Lucrecia Borgia! ¿Quién no ha oído mil historias y patrañas de esta hermosa mujer, cuatro veces casada, figurando en trágicas aventuras, con envenenamientos, asesinatos y todos los horrores que se pueden imaginar? El rostro bello y la rubia cabellera de Lucrecia hemos admirado en la sala Borgia del Vaticano. En una obra muy conocida, cuyo autor no recuerdo, se hace la rehabilitación de esta señora, que no fué tan mala como han dicho los poetas y dramaturgos. César Borgia, tercer hijo de Alejandro, fué en realidad un hombre perverso. Todo lo que tenía de guapo, elegante y atildado en sus maneras, se oscurecía con la perfidia y doblez de su conducta, así en la política como en la guerra. De él se cuenta que mató á su hermano Juan Borgia, el hijo mayor del Papa. Este hizo Cardenal á César, que, investido con la púrpura, se casó con una princesa napolitana: Por sus desvaríos y atrocidades tuvo que huir de Roma y refugiarse en España; preso estuvo en el castillo de la Mota, de donde se escapó y fué á Navarra. Su atractivo personal y su arrojo le daban predicamento; usaba el título de Duque de Valentinois. En los disturbios intestinos de Navarra tomó parte por el Conde de Lerín, con cuya hija se casó. En Viana encontró una muerte desastrosa, como he referido en otro lugar.

El hijo mayor de Juan Borgia, Francisco Borgia, se acogió á la protección de Carlos V, que le hizo Duque de Gandía, dándole además el cargo honorífico de caballero de la Emperatriz Isabel, que desempeñó hasta la muerte de esta ilustre señora en el palacio de Fuensalida, en Toledo. Bien conocida es la historia de la conversión de Francisco de Borgia cuando llevó á la Emperatriz á Granada para enterrarla junto á los Reyes Católicos. ¿Quién había de creer que de aquella funesta estirpe saliera un bienaventurado tan español y tan grande como San Francisco de Borja?

B. PÉREZ GALDÓS

(Continuare nos)

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

VII

Los atractivos de Roma son de tal intensidad, que el viajero impaciente no tendría consuelo si partiera sin ver y admirar el Foro, los Arcos de Tito y de Septimio Severo, la Tribuna en que pronunció Cicerón sus inmortales arengas, el Palatino, aglomeración de gloriosas ruinas; el Coliseo, cuya magnitud aterradora se destaca sobre todo el caserío de la antigua y moderna Roma; la Columna Trajana en el Foro del mismo nombre; las Termas de Caracalla; el Panteón, monumento que parece transportado de la vieja a la nueva ciudad...

Memoria mía: estamos lucidos tú y yo. Por tu descuido no puedo contestar á mis lectores que me preguntan el lugar donde Bruto y Casio mataron á Julio César.

—El descuidado eres tú; pues antes de andar por estos barrios de ruinas pasamos por el palacio de la Vicaría, y allí te dije: «Aquí estaba el Senado, que no tenía lugar propio, y se reunía en un teatro de antemano designado por la República. El teatro ha desaparecido, y no existe otro recuerdo del lugar trágico que un cartelito fijado arbitrariamente en la pared de un edificio vulgar».

—Ya vuelvo á mi acuerdo y al pleno dominio de lugares y personas. La estatua de Pompeyo al pie de la cual cayó César atravesado por los puñales de Bruto y Casio, existe hoy en el palacio de la Vicaría, y en la escalera de ese mismo palacio fué asesinado Rossi, el ministro de Pío IX, cuando éste inauguró su pontificado con franca tendencia liberal...

Ahora, Memoria mía, no te apartes de mí que, ó mucho me engaña ó necesitaré tu asistencia en mi afanoso vagar por las grandezas de Roma papal y pagana.

¡San Pablo! ¡Las Catacumbas! Se ha dicho que la catedral mayor del mundo después de San Pedro, es esta de San Pablo situada fuera de los muros de Roma y no lejos del Tíber. El gobierno italiano ha secularizado este templo; los guardianes son seglares y se puede visitar como los museos y las colecciones artísticas. ¡Qué extraordinaria riqueza de mármoles y pórfidos, de mosaicos, pinturas y bronceos, todo ello de marcada opulencia bizantina! Decididos á completar en lo posible el conocimiento de los tesoros artísticos de la Ciudad Eterna, desde San Pablo corrimos hacia las Catacumbas, viendo de paso la Via Apia y el monumento de Cecilia Metela. En mi mente se confunden los lugares que ví, y no puedo discernir si la primera Catacumba que ví fué la de San Lorenzo ó la de San Sebastián. Son galerías y escavaciones subterráneas de donde se extraía el material para la fabricación de porcelana. Largo rato discurrimos por aquellas soledades tenebrosas, guiados por un fraile que farol en mano nos daba referencias de lo que veíamos, las cuales no revelaban erudición ni siquiera dominio del asunto. Además, el frailecho parecía malhumorado y deseoso de que acabáramos pronto para plantarnos en la calle.

Aun con estas desfavorables condiciones, pudimos admirar inscripciones bellísimas y algunas pinturas de inmenso interés. Entre estas no olvidaré nunca la figura de Jesús representada en forma pagana, según costumbre en la edad embrionaria del cristianismo, desnudo, sin barba, como pintaban á las divinidades mitológicas. Febo padre de la luz y de la inspiración ó Hermes el de los pies ligeros. Los apóstoles formaban en derredor de Cristo un grupo de ancianos en éxtasis. Aquellos lóbregos callejones tortuosos acababan por fatigar al viajero que no puede retener en su memoria las innumerables inscripciones que indican sepulturas de mártires ó altares donde se celebraron los primeros ritos de la cristiandad. Ansíámbamos apartar nuestros ojos de aquel mundo de tinieblas para espaciarnos y regocijarnos en la plena luz del día.

Aún nos faltan por admirar muchos aspectos interesantísimos de la metrópoli pagana y pontificia; pero el afán de nuevas sensaciones nos mueve á partir para Nápoles. Pensado y hecho. En el trayecto no hacíamos más que ordenar y catalogar nuestros recuerdos. En nuestra mente se entremezclaban peleándose al verse juntas las visiones pasadas y las que nos anticipaba nuestra imaginación. Entrada ya la noche llegá-

bamos al término de nuestro viaje, y de pronto, por la ventanilla del tren, vimos sobre el horizonte una intensa llamarada. Tras un breve momento de estupor, mi compañero y yo exclamamos: «¡el Vesubio! ¡el Vesubio!»

Estamos en Nápoles, la ciudad alegre, bulliciosa, que á sus innumerables encantos añade la holganza y la superstición, ¡ah! la superstición, estado de la conciencia que embelesa y arrulla las almas con deliciosas mentiras. Nuestro primer paseo fué por el barrio popular de Santa Lucía, donde todo es una mezcla extraña de cháchara y quietismo; los hombres tumbados en medio de la calle; ésta, llena de cortezas de melón y sandía; las mujeres en chancletas gesticulando á voces; las puertas de las humildes casas abiertas de par en par, viéndose por ellas las estampas de santos alumbrados con lamparillas; en el fondo el mar, y en término lejano el elevado monte con su negro penacho de humo, cuyas espirales se enroscan en el cielo. Al pasar de Santa Lucía á una plaza donde está el Palacio Real, se me apareció la Memoria mía que al partir de Roma se fué de mi lado anticipando su viaje á Nápoles. Alesteando en torno de mi cabeza con graciosa traviesa, me dijo: «Esto sí que es divertido, dueño mío. En Roma me aburría yo con tanta catacumba y tanta ruina; por eso me vine á Nápoles. Aquí todo es vida y dulzura. Sigue por este camino que te indico, y entrarás en la calle de Toledo, española por su nombre y más aún por su bullanga; organillos, disputas, pregones á grito herido, diálogos entre un balcon y la colle, secretos á voces, sin fin de carruajes de alquiler, cuyos cocheros no dan paz á la lengua ni á la fusta, charlatanes que rodeados de papanatas encomian sus bálsamos y panaceas... Recorre la calle en toda su extensión, y al fin de ella encontrarás un edificio que ahora es el Museo principal de Nápoles y antaño fué palacio del Virrey D. Pedro de Toledo, Marqués de Vilafraña, que dió su nombre á esta calle.»

—¿Qué bien enterada estás de todo! Así, así me gusta, para que yo conozca de esta variedad de cosas sin que tenga que devanarme los sesos.

—A mi observación nada se escapa; yo te informaré de cuanto aquí existe. Confía, confía en tu fiel Memoria que te indicará previamente todo lo que debes ver. Mañana subiremos al Vesubio.

—¿Hasta el cráter?

—Hasta lo más alto. Es espantoso, sublime...

—Pues iremos ahora mismo.

—Ten calma: Hoy, ya que estamos aquí, entra en el Museo y entérate bien de las preciosidades que contiene. Verás el Grupo de Pasifae y otras obras maestras de la escultura. Verás también pinturas de Pompeya y Herculano... en fin, verás lo que vieres sin que yo pueda detallarte una por una las joyas de ese Museo; pues ya sabes que aunque me llamo Memoria, soy un tantico desmemoriada.»

Obedientes á tan sabio consejo, al siguiente día subimos Galiano y yo al terrible volcán. En la expedición se emplea un día de sol á sol. La primera parte se hace en coche por laderas preciosas cubiertas de viñas; á cada paso salían mujeres y niños ofreciéndonos uvas riquísimas. A la altura del observatorio tomamos el tren funicular, y ¡jarriba! ¡jarriba!

Entre nuestros compañeros de viaje predominaban los hijos de Albión, armados de Bædeker, con gruesos zapatos, indumento varonil en uno y otro sexo. Terminada la subida nos hallamos al pie del cono de piedra pómez. Para llegar al cráter era requisito indispensable entenderse con los guías que hacen este servicio mediante un crecido estipendio. Dos hombres acompañaban á cada viajero, llevándole agarrado por ambos brazos. No olvidaré nunca el fatigoso avance por unos senderos en zig-zag pisando lavas ardientes, recibiendo á cada paso humaredas asfixiantes de vapores sulfúreos. El trayecto, aunque no es largo, se hace interminable por las dificultades del paso sobre el suelo movedizo y ardiente. Por fin, nuestros guías nos llevaron al borde del cráter; y nos asomaron á él sujetándonos fuertemente. ¡Horrendo espectáculo! De la honda cavidad brotaba con resoplido intermitente un chorro de fuego, entre cuyas llamaradas veíamos pedazos de materias incandescentes que caían ante nuestros ojos con estrépito. Al lado nuestro, dos intrépidas inglesas,

agarradas fuertemente por sus guías, no hacían más que gritar: «¡Oooh! ¡Wonderful!»

La contemplación del cráter no podía durar más que segundos, porque el calor nos ahogaba. Bajamos á tropezones como autómatas, respirando azufre y doloridos de todo el cuerpo. Volvimos al funicular donde encontramos nuestras compañeras de cráter las damitas inglesas. Cambiamos impresiones sobre lo que habíamos visto; porque Galiano poseía muy bien el inglés, y acabamos por hacernos amigos. Ellas pensaban ir á Palermo y subir al Etna. Yo, en inglés chapurrado, les dí á entender que en cuestión de cráteres en actividad me he quedado satisfecho con uno, y gracias.

Al día siguiente, hallándome cerca del famoso Aquarium de Nápoles, ví pasar la grácil figura de mi Memoria, y sujetándola por la túnica vagarosa, le dije: «¿A dónde vas? Ven aquí; aviva el recuerdo de aquel Virrey de Nápoles, el grande Osuna, y su secretario el no menos grande D. Francisco de Quevedo. Y la espiritual ninfa, poniendo en su boquita un mohín de seriedad, me contestó: «Antes que de antiguallas históricas quiero hablarte de una triste actualidad ocurrida en nuestro país, Las Palmas.»

—¿Qué es eso, niña?

—¿No has oído vocear á los vendedores de periódicos el suceso ocurrido en el Puerto de la Luz? Tu estupor me indica que no te has enterado... Verás; chocaron á la entrada del puerto el vapor italiano *Sub America*, de la Compañía la Veloce, de Génova, y el vapor *France*, de Marsella. Se fué á pique el italiano pereciendo gran parte de los pasajeros... Conditos del triste suceso, mi ninfa y yo nos trasladáramos con la imaginación al lugar de la catástrofe. Veámos á los buzos extrayendo los cadáveres del fondo de las aguas; veámos el vecindario consternado... Día de luto para Gran Canaria y para la patria italiana.

Agotado con frase lasimera el asunto de actualidad, repetí á mi ninfa el deseo de que me esclareciera lo concerniente al Virrey Osuna; y ella, con mimosa desgana, como los chiquillos á quienes se pide que reciten la lección, me contestó: «Patrono querido, ya sabes que la Historia de los siglos pasados no es mi fuerte. Padezco de olvido, y revolver los viejos anales me fatiga. A grandes trazos puedo decirte que don Pedro Téllez Girón, virrey de Nápoles, fué un valiente guerrero por tierra y por mar, azote de los corsarios berberiscos, y además político insigne. Calumniado en la Corte de las Españas, fué perseguido y encarcelado. Si no puedo referirte al detalle las hazañas y desventuras de aquel célebre prócer, te recitaré el soneto que le dedicó Quevedo. Dice así:

Faltar pudo su patria al grande Osuna;  
Pero no á su defensa sus hazañas.  
Diéronle muerte en cárcel las Españas  
De quien él hizo esclava la fortuna.

—No sigas; ya recuerdo el soneto. Dejémos de historias y vámonos á dar un paseo.

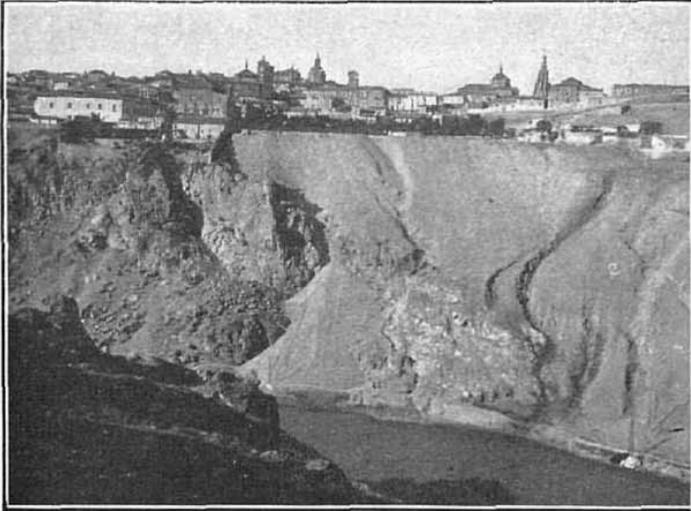
—A Pompeya, á Pompeya. No tienes idea de lo bonito que es la ciudad desenterrada, la víctima del Vesubio, el año mil y tantos de la Era Cristiana... No digo la fecha exacta porque la ignoro. Ya sabes que en eso de las fechas históricas soy una calamidad. Sepultada entre cenizas y lavas estubo Pompeya no sé cuánto tiempo, hasta que en el siglo pasado fué descubierta y sacada nuevamente á la luz del día. Esto pasó en tiempo de un soberano que antes de reinar en España con el nombre de Carlos III, fué rey de las dos Sicilias, no sé si con el nombre de Carlos VI ó VII.

—Está bien; pero vámonos al punto á ver ese pueblo desenterrado, y enseñámelo todo, dejando las erudiciones enfadadas que se encuentran en cualquier librito de viajes ó manual de Historia. En pocas horas recorrimos el largo circuito de la costa de Nápoles al pie de los montes Somma, cráter apagado, y Vesubio, cráter en actividad, y dominando por la otra banda el incomparable golfo de Nápoles con las islas Capri, Ischia y Procida, que semejan divinidades oceánicas dormidas en el azul de las aguas,

B. PÉREZ GALDÓS

(Se continuará)

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO



Siluetas de Toledo, desde el Tajo



El puente de Alcántara y el Alcázar

## (CONCLUSIÓN DEL CAPÍTULO VII)

Entramos en Pompeya por una puerta, precedidos y acompañados por guardas que no nos dejaban a sol ni sombra. Yo me constituí en visitante pasivo y descansaba en la diligente interpretación de mi ninfa, que todo me lo iba señalando y describiendo para que yo no tuviera que discurrir cosa alguna. Como el más experto *cicerone* me decía: «Mira las casas sin techo, pero las paredes bien conservadas y las pinturas muy lindas; mira la tahona con los hornos y los enseres para la molienda del grano; aquí tienes los cuerpos de guardia; fíjate ahora en lo que llamamos la Trivia, de donde viene la palabra trivial. Aquí vivían las señoras de vida alegre, y no sigo porque ya comprenderás lo que callo. Entremos ahora por esta otra calle que es la mejor del pueblo; aquí vivía la aristocracia pompeyana. ¿Ves qué pinturas tan lindas? Las porcelanas y vasos magníficos encontrados en estos lugares, los habrás visto en el Museo de Nápoles. Ahora pasamos a una plaza donde está el Teatro; míralo tan bien conservado como si en las pasadas noches se hubiera dado aquí una representación. Desde el Teatro, siguiendo por esta calle, llegamos al palacio donde vivía un personaje de muchas campanillas que era el más rico de la ciudad. Aterrado por la lluvia de ceniza, cargó con todas sus alhajas y los tesoros que poseía y salió buscando su salvación en la playa, pero no logró escapar y pereció en el camino.» De este modo continuó refiriéndome todos los pormenores de la ciudad desenterrada, hasta que fatigado yo de tan prolifas descripciones, rogué a mi ninfa que me sacara de la hermosa necrópolis y me llevara también a la playa para respirar el vivificante aire salino.

Salimos trabajosamente a orillas del mar, y allí mi ninfa, que aquel día estaba en vena de erudición, me contó que durante el cataclismo de Pompeya hallábase a bordo de una nave un sabio romano llamado Plinio, que prestó auxilio a los fugitivos y refirió en sus anales las desgarradoras escenas que había presenciado. No quise ahondar en esta materia porque sentíame hastiado de andanzas por extrañas tierras y se apoderaba de mi espíritu el ansia de volver a Madrid, donde había dejado mis pensamientos literarios y diferentes propósitos que reclamaban mi presencia en la amadísima Villa y Corte de las Españas. Llévame, ninfa mía—exclamé—, a donde quedó nuestra alma, y allí me referirás despacio lo que aquí dejamos sin conocer y estudiar. Mi compañero de viaje fué del mismo parecer; él deseaba volver a Inglaterra y yo a España. Empezamos el regreso. En el próximo capítulo de estas Memorias hallará el amable lector el final de las impresiones de Italia entremezcladas con otros imprevistos y donosos sucesos.

## VIII

Ya estoy en el Madrid de mis ensueños trazando con febril actividad el plan de *Angel Guerra*. Me acompaña solícita y atenta mi dulce

ninfa, y cuando me ve escribir el nombre de Toledo, sale por este inesperado registro:

«Ese Toledo, ¿es la calle que en Nápoles lleva tal nombre? Si es así, debo recordarte que te falta completar tus impresiones italianas con la figura de Masaniello, el agitador de los motines populares que dieron al traste con la dominación española en aquel país. Era entonces Virrey el Duque de Arcos, que no pudo vencer la insurrección. Como te oí hablar de una tal *Dulce-nombre* y una tal *Leré*, creí que estas eran hembras napolitanas.

—No son napolitanas, sino del Toledo de orillas del Tajo. Debo advertirte, ninfa mía, que lo que aquí llamamos Ciudad Imperial, no es inferior a las de Italia ni en monumentalidad ni en riqueza de joyas artísticas. Aquí no tenemos Pompeyas ni Vesubios, pero abundan los Beruguetes, los Guas, los Juanelos; orífices como Arce; escultores como Alonso Cano; herreros como Villalpando, y cien mil artistas más, que te iré nombrando cuando sea ocasión. Catedrales hay en Italia, pero la de acá se puede parangonar con las mejores de allá, y de añadidura poseemos las dos Sinagogas que no tienen semejante en ninguna parte del mundo.

—Maestro, te concedo que en hermosura artística Toledo no es inferior a Nápoles, pero en belleza natural ¿qué tenéis aquí comparable a las preciosas islas Capri, Ischia y Prócida, que debemos visitar y no lo hiciste por tu indolencia y por aquello de *mañana iremos, mañana?*

—Yo te aseguro que esas islas las recuerdo como si las hubiera visto, y si me apuras, también te digo que en España tenemos buenas islas, por ejemplo: las Canarias, con su famoso Teide, que también es un señor volcán, aunque apagado, y la isla del Hierro, donde dicen que estaba el meridiano.

—Tú siempre quieres tener razón. ¿Pero hay fuera de Nápoles un paraje tan pintoresco como Posilipo, donde se admira el sepulcro de Virgilio?

—Sí. ¿Y quién nos asegura, querida ninfa, que semejante sepulcro no es apócrifo? Sin ver esas cosas, tengo conocimiento de ellas. Pasada la gruta de Posilipo se encuentra otro sepulcro, que es sin duda el auténtico. Ya recordarás que el gran poeta Leopardi está enterrado en el pórtico de una iglesia. No le sepultaron dentro del templo, porque a juicio de la gente vulgar, lo impedía la opinión de incrédulo inherente al nombre del inspirado cantor de Italia... Y ahora, doblemos la hoja de Calabria y déjame seguir preparando mi *Angel Guerra*, cuyo tomo segundo tiene por escena la gran Toledo. En estos libros verás a los *Babeles*, familia de extravagantes en la que descuella Doña Catalina de Alencastre, que se dice descendiente de los Reyes de Castilla. En esta misma obra te daré a conocer al famoso *Don Pito*, viejo lobo de mar trasplantado tierra-adentro, y al donoso beneficiado de la Catedral D. Francisco Mancebo, fanático por la lotería, y a su sobrinita *Leré*, que no tiene más ambición que ser Hermana de la Caridad.

Seguí refiriendo las culminantes escenas y figuras de la obra que escribía, cuando de improviso observé que hablaba solo. Miré en torno mío y advertí que mi ninfa no podía escucharme. Vagamente la vi a cierta distancia; y al fin, revoloteando, se esfumó hasta perderse en espacios lejanos.

Continué mi trabajo en la confianza de que mi ninfa volvería pronto a mi lado. Las obras no escritas aún y simplemente proyectadas, no despertaban su interés. Solo movía su espíritu la función de reproducir lo que había visto... Una mañana se me presentó de improviso diciéndome: «Pero, Maestro mío, ¿te has olvidado de que tienes la obligación de ir a Pisa?»

—Pisa... Pisa... ¿Qué es eso?

—La ciudad italiana a orillas del Arno, célebre por su famosa Catedral, y la no menos célebre Torre inclinada, donde es fama que Galileo practicó sus experimentos para demostrar el movimiento de la Tierra. A más del Baptisterio, podrás admirar en Pisa las maravillosas pinturas del Cementerio, punto culminante en la historia del Arte.

—Ya sé a dónde quieres llevarme. Estalla en mi mente un verso del Dante: *Ahi Pisa, vituperio delle genti...*, que pone ante mis ojos la terrible visión del conde Ugolino cuando relata el poeta su horrible martirio en uno de los más espeluznantes pasajes de *El Infierno*.

—El pobre señor fué condenado a morir de hambre con sus fierros hijos en una mazmorra... Convendrás conmigo, querido Maestro, en que el mundo no ha conocido poeta tan sublime como el Dante. Este Toledo Imperial que tanto admiras, tendrá muchas y variadas grandezas, pero un Dante no ha nacido aquí.

—Es cierto; poeta no hay, pero poesía, como en ninguna parte. Asímate conmigo al lugar eminente donde están las ruinas de San Servando ó a las rocas donde campea la ermita de la Virgen del Valle, y extiende tu vista por la profunda hondura donde corre con bravas espumas rojizas el padre Tajo desde el puente de Alcántara hasta el de San Martín mordiendo ambas orillas, cual si quisiera llevarse consigo pedazos de la ciudad que lo aprisiona. Verás a la izquierda el llamado Baño de la Cava, donde parece que aún suenan las maldiciones que el propio río lanzó a la faz del desdichado D. Rodrigo, último Rey de los Godos. Desde estas alturas podrás admirar el conjunto de la ciudad, donde se confunden los diferentes estilos arquitectónicos: el Greco-romano, el Gótico, el Árabe, el Mudéjar, Renacimiento en sus variadas manifestaciones de esplendor y decadencia. Verás el sinnúmero de torres, campanarios, espadañas, veletas, cimborrios, cresterías de tantos templos, monasterios, santuarios, beaterios, poblados por canónigos, curas, frailes y monjas de variados capisayos. El aspecto total de Toledo es grandioso, pero no risueño. Domina la tonalidad gris con toques de cerámica parduzca y el azulado mortecino de la pizarra. Cuando penetres en la ciudad, tu primera impresión será desagradable. Perdiéndote en el

laberinto de sus calles angostas, torcidas y empinadas, dirás ¡qué población tan fea! Te sorprenderán las enreujadas laberínticas, donde el transeúnte se pierde y buscando una salida se encuentra al poco rato en el mismo sitio de donde partió. Verás barrios enteros donde reina una soledad propicia á las apariciones fantasmagóricas. Te sorprenderán las puertas adornadas con clavos de hierro, de formas tan variadas y elegantes, que con ellos se podría formar un museo de imponderable riqueza. Entre los clavos descuellan aldabones vieustos cuyos golpetazos son las voces de ultratumba que despiertan la ciudad muerta.

En supersticiones y milagrerías poéticas no es Toledo inferior á ese Nápoles que tú tanto admiras. La leyenda del Cristo de la Luz, el milagro de la Virgen poniéndole la casulla á San Ildefonso, el prodigio del Conde de Orgáz, que inmortalizó el Greco en el famoso cuadro existente en la iglesia de Santo Tomé. Todos los extranjeros que vienen á Toledo no descansan hasta visitar este incomparable lienzo, donde está representado el difunto Conde llevado en brazos por San Agustín y San Esteban.

Créeme, querida ninfa, que no acabarás si te contara punto por punto todas las grandezas que encierra esta por tantos títulos noble y sacra ciudad. Con una mirada retrospectiva verás desfilar en tu mente los ilustres varones que gobernaron la Diócesis Toledana. Pasan primero los que fueron santos, tres Eugenios y un Ildefonso; luego encuentras á D. Rodrigo Jiménez de Rada, primer historiador de España; luego vienen Tenorio, Carrillo, Fonseca; las colosales figuras de Mendoza y Cisneros; después Tavera, Siliceo, Carranza, Quiroga, Aragón, Portocarrero, Lorenzana...

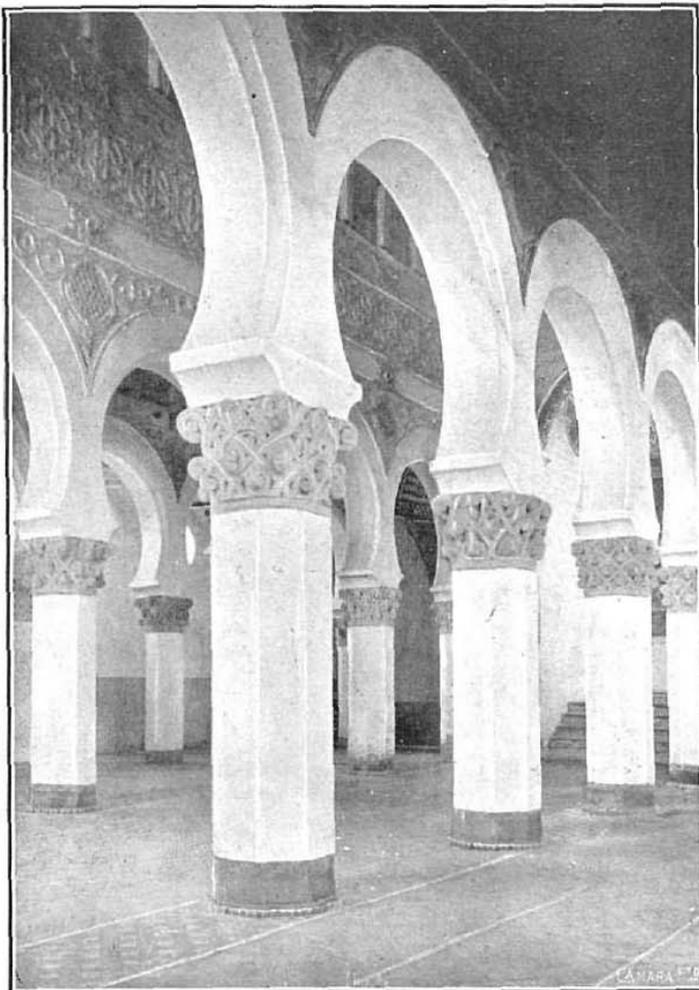
Te señalo particularmente á Siliceo, fundador del Colegio de Doncellas nobles, admirable Institución más laica que religiosa; á Tavera, creador del grandioso Hospital de Afuera, y á Carranza, que por una fruslería que escribió en no se qué libro de Doctrina, fué perseguido infamemente por la Inquisición. Largo martirio sufrió en Roma este santo varón, y hubiera perecido en la hoguera si no le salvara con gesto autoritario el propio Felipe II.

Los conventos de monjas que antaño alcanzaban una cifra fabulosa y hoy no pasan de catorce ó quince, tuvieron y tienen en Toledo encantadora poesía. Para poder conocerlos en su interior, querida ninfa, has de madrugar mucho acechando el momento en que abren sus puertas para la diaria misa conventual. Entrás y sólo ves en la iglesia tres ó cuatro vejstorios, única feligresía de las monjitas en aquella ocasión matutina. Oyes tu misa, que comunmente es breve, porque el capellán tiene prisa por largarse á la calle. Concluida la misa pasas un ratito mirando á la iglesia y oyes el suave murmullo dentro del coro donde están las monjitas descabezando un sueño místico... El sacristán agita el manajo de llaves y tienes que *ahuecar* con los vejstorios que se van á pedir limosna en las calles. Te indicaré los monasterios más interesantes: Santo Domingo el Antiguo, cuya iglesia es un museo de pinturas del Greco; Santo Domingo el Real, que contiene magníficos sepulcros y antigüedades romanas de gran mérito. Tiene un pórtico del Renacimiento en una plazuela que, sin vacilar, designo como el sitio más solitario de Toledo. Muchas mañanas he pasado yo sentado en el escalón de una puerta frente al pórtico de Santo Domingo observando si alguna persona viviente discurría por aquellos lugares. Nunca vi á nadie. A dicha plazuela se entra por una callejuela con cobertizo, y la salida es de la propia forma. El único rumor que á mis oídos llegaba descendía de la espadaña del convento; sonaba la campana triste marcando la hora canónica y aleteaban algunos cuervos ó cernícalos posándose en la veleta. Terminada mi comprobación del paraíso absolutamente solitario, salí de él por otro cobertizo que me condujo á las Capuchinas. Este convento, fundado por el cardenal de Aragón, ostenta sobre la puerta principal una estatua de Berruguete, y en su interior telas maravillosas que sólo podemos admirar en Jueves Santo, cuando las monjitas las exhiben como adorno en su monumento. Desde las Capuchinas, ¡oh, ninfa vaporosa!, vete á San Juan de la Penitencia, de la orden franciscana, y quedarás pasmada cuando elevés tus ojos hacia la tracería del artesonado, ó bra tan estupenda que puedes ca-

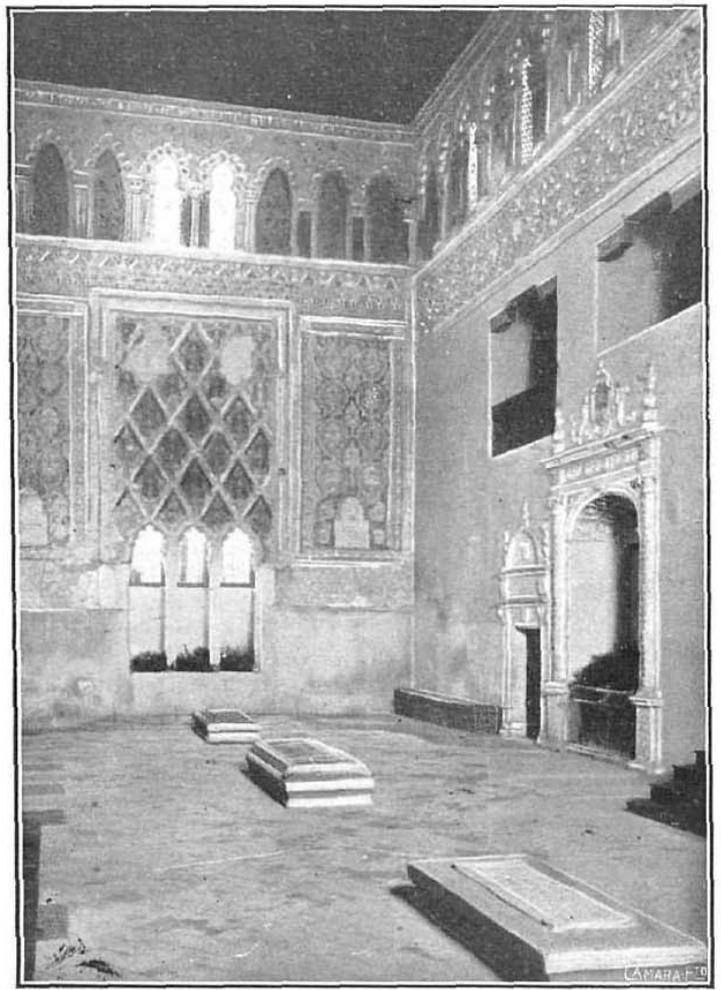
lificarla como finísimo encaje de madera. Con un vistazo al sepulcro del Obispo de Avila, amigo del fundador de este convento, cardenal Cisneros, terminarás tu visita á San Juan de la Penitencia, y continúa tu paseo calle abajo hasta llegar á San Pablo, donde una comunidad de religiosas pobres conserva como preciada reliquia el cuchillo con que fué degollado el Apóstol titular de aquella casa. Cuando yo visité este convento iba en compañía de Arredondo, pintor famoso avecindado en la Ciudad Imperial y en ella gozaba de merecida popularidad. Más por Arredondo que por mí, las monjitas nos acogieron con franca gentileza y nos entregaron el cuchillo para que lo examináramos á nuestro gusto. El arma era una brillante hoja damasquina con vaina de terciopelo rojo. Aproveché el instante en que Arredondo y yo estuvimos solos para afilar con el cuchillo de San Pablo el lápiz que usaba yo para mis apuntes. Devolvimos la reliquia á sus dueñas y nos retiramos, dejando una limosna en el cepillo que la Comunidad tenía para remedio de su estrechez... Ahora, ninfa, prosigue tu inspección de conventos monjiles. Te recomiendo Santa Isabel, el aristocrático San Clemente, las Gaitanas, Madre de Dios y por último Las Santiaguasas, donde hacen unos dulces secos y unos almíbares que son la gloria divina. Si te los dan á probar, ninfa mía, no refuses el obsequio, que has de relamerle de gusto.

Ya es hora de que descansemos tú y yo. Te convidó á comer en casa de Granullaque, hostería cuyo local subsiste inalterable desde el tiempo de Cervantes. La casa, las mesas y sillas y los manjares que allí se sirven no han sufrido alteración en tres siglos. Tendremos que escoger entre muy reducidos condimentos, á saber: empanadas de carne ó pescado y bartolillos. La concurrencia de parroquianos es inmensa. Allí van todos los extranjeros que visitan Toledo, entre ellos personajes de viso, pues la fama de Granullaque se ha extendido por todo el mundo. Un día que yo estuve comiendo aquí con Arredondo, tuve á mi lado á D. Pedro de Braganza, Emperador del Brasil.

B. PÉREZ GALDÓS



Naves de Santa María la Blanca, de Toledo



Interior de la Sinagoga del Tránsito, de Toledo

FOTS. HIELSCHER

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

IX

Cuando concluimos de comer en el bodegón de Granullaque, el desasosiego de mi niña me revelaba la comedia de escapar de mi lado; mas yo la detuve proponiéndole que debíamos ir juntos a la Catedral, pues era absurdo que un ser inteligente abandonara Toledo dejando atrás el goce inefable de tantas maravillas. Porque la Basílica Toledana viene a ser como una enciclopedia de catedrales. El Coro, la Sacristía, las capillas del Sagrario y San Pedro, las de Reyes Nuevos, Santiago y Albornóz, la Mozárabe, la Sala Capitular, bastarían por su grandeza y hermosura para ser consideradas como ornamento principal de otros templos cristianos. Del Coro y Presbiterio, con sus riquezas escultóricas y sus verjas de hierro labradas como joyas, no quiero hablarte hoy porque ya las he descrito en otras páginas. El salón de la Sacristía ostenta en su cabecera el famoso cuadro del Greco llamado *El Expolio*, y que en valor artístico no es inferior al *Entierro del Conde de Orgáz*. Otras hermosas obras de arte cubren las paredes, y frontero a ellas está el sepulcro del Cardenal Borbón. El techo es un admirable fresco de Jordán, á quien por la rapidez con que trabajaba le aplicaron el mote de *Luca fa presto*. Pero la más sorprendente novedad de la Sacristía está en las estancias interiores, donde te enseñarán si lo solicitas, las telas primorosas y la colección de frontales regalados por cada uno de los Arzobispos de la Diócesis. Sin temor á la hipóbole, puedes afirmar que no hay en el mundo colección de telas como esta.

*Reyes Nuevos*, es una capilla de grandes dimensiones donde están sepultados los Soberanos de Castilla de la rama de Trastámara. En la cabecera verás á D. Enrique II, que arrebató la corona y la vida á su hermano D. Pedro; sigue luego D. Juan I, de grata memoria, y después D. Enrique III el Doliente con su esposa Doña Catalina Lancaster. Este desdichado Rey tuvo que empeñar una noche su gabán para poder cenar. ¡Así andaba el Reino! Su inmediato sucesor, D. Juan II, abandonó el regio panteón de Trastámara disponiendo que sus restos y los de su esposa descendieran en la Cartuja de Miraflores, en Burgos. Estos sepulcros son de una magnificencia inaudita. La rama de Trastámara no pudo florecer en la Historia conforme al ambicioso plan de su fundador D. Enrique el de las Mercedes. El último vástago, desmejorado y marchito, Enrique IV, llamado el Impetuoso, puso fin á la dinastía reinante por los escandalosos amores de la Reina con D. Beltrán de la Cueva. El desdichado Rey fué exonerado en un auto celebrado en la plaza pública de Avila. Felizmente se precipitaron los sucesos, murió en edad temprana el príncipe D. Alonso y la corona de Castilla recayó en una doncellita que pronto dió á conocer sus altas dotes mentales concibiendo el pensamiento de unir con vínculos de amor los reinos de Aragón y Castilla.

De *Reyes Nuevos* pasamos á la capilla inmediata, que es la de Santiago, donde tienen su sepulcro D. Alvaro de Luna y su esposa. La arquitectura de esta capilla pertenece al gótico florido, es espaciosa, de altos ventanales y en ella campean profusamente los escudos del Condestable. Entre esta capilla y la anterior existe una misteriosa afinidad trágica. Un Trastámara llevó al suplicio al insigne político que con mano dura gobernó estos turbados reinos. En el centro de la capilla de Santiago se aizan los dos mausoleos de D. Alvaro y su esposa. En cada uno de éstos se ven cuatro monjes orantes. En Toledo existe la creencia legendaria ó real, de que en la cripta están los esqueletos de la familia de D. Alvaro, pero no sepultados, sino sentados en derredor de una mesa de piedra. Con esta leyenda coincide la del *Hombre de paja*, perpetuada en una calle que lleva este nombre. El gran mecánico Juan del Turriano construyó un muñeco, que por medio de alambres y resortes, entraba en la Catedral á la hora de la misa y llegando hasta la capilla del Condestable se arrodillaba devotamente y luego se retiraba de igual manera por su camino de alambres y ruedas.

Suspendamos ahora, querida niña, el visiteo de capillas y vámonos á la calle, que hoy es do-

miño y me gusta presenciar el paso de los cades en formación, con su música al frente para ir á misa. ¿Verdad que á tí también te gusta ver á esos alegres chicos atravesando por la población entre el gentío de curiosos? En la cara te conozco tu deseo de que abandonemos la iglesia para andar por la calle... En efecto, los alumnos de la Academia de Infantería son la gala de Toledo; sin ellos, las hermosuras artísticas de esta ciudad no tendrían otro encanto que el inherente á un soberbio panteón.

Salimos mi niña y yo á ver pasar los cades. Guardando el orden y el ritmo de la formación, volvían el rostro para mirar á las niñas boritas; unos porque tenían novia y otros porque la buscaban, dirigían miradas insinuantes á los balcones y á la calle. Delante iba la banda atronando los aires con el estridor de cornetas y trombones; la precedían los gasteros de marcial apostura, y entre éstos, haciendo cabriolas la turba de golillos. «Ahí va—exclamé yo contemplando á los alumnos—la esperanza de la patria. Hoy son traviesos y enamoradizos, mañana serán valientes y darán su sangre por el honor de la bandera.» En la iglesia de San Juan, que no tiene más mérito que su capacidad, oyen misa con cierta compostura los alumnos, y á la salida se repite la divertida marcha triunfal á lo largo de las calles. Por la tarde quedan en libertad los escolares y se les ve en grupos en Zocodover y calles adyacentes parlotando con las señoritas guapas, que tanto abundan en la Imperial Ciudad. Tarde y noche acuden al Teatro Rojas, llenándolo casi por completo. Gracias á la concurrencia de militares y á las familias que por ellos acuden á la función, las compañías dramáticas ganan en un día para vivir toda la semana.

Ahora que tanto se habla del turismo, niña mía, se me ocurre que Toledo debiera ser uno de los lugares de la tierra más frecuentados de viajeros y artistas. Existe aquí el magnífico *Hotel de Castilla*, construido por el inteligente prócer Marqués del Castrillo, pero es de reducidas dimensiones. ¡Qué labuloso número de extranjeristas atraería Toledo si el Alcázar fuera convertido en hotel! Esto es un sueño, esto es imposible, pero á mí me gusta lanzarme á la región de las bellas hipótesis. Yo me imagino las salas, las anchas crujías y la gran diosa escalera de aquel inmenso edificio invadidas por un gentío procedente de todas las partes del mundo. Decía Carlos V que no se sentía Emperador sino cuando subía por aque la escalera, tan grande como una catedral. El patio es de suprema elegancia; en el centro se ha colocado, no ha mucho, la estatua de Carlos V, vestido á la romana, encadenado y la Herejía. Es obra de Pompeo Leo e. Ocioso creo hablarle, querida niña, de la capacidad del Alcázar en todos sus pisos..., pero dejémoslo de ensoñaciones quiméricas, que aquí está bien instalada la Academia de Infantería y no nos corresponde á nosotros alterar caprichosamente la realidad de los hechos. ¿Estas conforme? Pues vámonos al *Hotel de Castilla* donde hallaremos excelente trato y una sociedad escogidísima de franceses, ingleses y yanquis.

Después de comer volvimos á la Catedral, donde nos siguió una caravana de los extranjeros que habíamos visto en el *Hotel de Castilla*. Agregados á ellos vimos la capilla de Albornóz y allí noté que el *cicerone* refería escrupulosamente, sin perder detalle, la historia del insigne político que puso fin al Cisma del Papado y fundó el colegio español de San Clemente en Bolonia. En la Sala Capitular los extranjeros admiraron más la talla de las cajoneras que los retratos de los Arzobispos; y en la Mozárabe, donde se conserva como preciosa reliquia el ritual anterior á la conquista de Toledo, los forasteros que en su mayoría eran luteranos, deseosos de conocer esa antigualla de la misa mozárabe, se propusieron volver al día siguiente. Entre tanto se extasiaban ante el magnífico fresco de la toma de Orán por Cisneros. El *cicerone* desvió la atención de aquellos señores hacia el cuadro que decora el altar mayor de la capilla. Este cuadro no es pintura, sino un mosaico que regaló el cardenal Lorenzana, más que obra artística, obra de paciencia. Al concentrar en ella toda su atención los extranjeros, quedaba triunfante el mal gusto del *cicerone*.

No quisimos abandonar la Catedral sin ver las curiosidades más extraordinarias que en ella existen encerradas en la Capilla de la Torre. Esto no podría ser sin que se hallaran presentes los tres canónigos llaveros que guardan las llaves de aquel recinto, que más bien parece fortaleza por el espesor de sus muros. El oficioso *cicerone* salió corriendo en busca de los tres llaveros, mas no habiéndolos encontrado, acudí á mi amigo el beneficiado D. Francisco Mancebo, que acertó á pasar á nuestro lado. Como el día anterior le compré yo un décimo del billete de lotería que él jugaba, el buen Mancebo buscó en la sacristía á los tres canónigos llaveros y tuvo la suerte de encontrarlos reunidos. Véase el modo misterioso con que el patrocinador de los juegos de azar nos trajo la suerte de ver franqueado el arcano de la Torre que guardaba los cinco premios mayores de la lotería del arte. Ved aquí cuales son: primero, el manto de la Virgen del Sagrario, bordado en cuero para soportar el peso de las perlas, cuya cantidad, el *cicerone*, que todo lo sabía, fijó en tres millones y pico, añadiendo que para ponerle á la Señora su manto tenía que valerle de una cabría; segundo, la colosal Custodia obra del maestro Arfe, es de plata sobredorada con el centro de oro, adornado en su crestería de rubíes, zafiros, esmeraldas y topacios; está colocada sobre una carroza dorada. Sale en procesión el día del Corpus empujada por sacerdotes, traspasa la Puerta Llana y avanza por las calles con majestuosa lentitud, irradiando de las piedras preciosas resplandores deslumbrantes. Añádase á esto la lluvia de flores que desde las ventanas y balcones arrojan las damas, y se comprenderá la magnificencia y poesía de tal espectáculo; tercero, la estatua de San Francisco de Asís, no mayor de tres palmos, obra de Alonso Cano, que en ella puso todo su genio artístico y su místico arrobamiento; cuarto, la bandeja de plata repujada representando el Robo de las Sabinas, que pregona la excelsa maestría de Benvenuto Cellini; quinto, la Cruz de plata que el cardenal Mendoza llevaba en la rendición de Granada. Hay que ver el peso de aquella Cruz, pero era como un junco para el atlético puño del Cardenal que subió con ella hasta lo más alto de la Alhambra y la clavó en la Torre de la Vela.

Cansa lo bueno, lo bello y hasta lo sublime cuando nos embelamos indefinidamente en su contemplación. «Vámonos de aquí—dije á mi niña—, basta ya de imágenes, sepulcros, pinturas, custodias, brocados y verjas, que el Arte, por su divinidad, no debe ser profanado, como hacen los *cicerones* con su charlatanería enfadosa.»

La presencia del beneficiado Mancebo y de su sobrina *Leré*, con quienes acabo de charlar al salir de la Catedral por la Puerta Llana, me han recordado mi deber de marcharnos á Madrid para continuar y concluir nuestros tomos de *Angel Guerra*.

—Está bien, querido Maestro—replicó mi niña—; pero es mi obligación, como símbolo que soy de tu memoria, recordarte que antes de pensar en esa *Leré*, en ese *D. Pito* y esos *renegados* Babelos, debes venir conmigo á Génova... ¿A qué ese asombro? ¿No sabes que el viaje á Italia no está terminado y que nos falta el vistazo á Génova, la hermosa ciudad mediterránea?

—Génova, Génova—murmuré yo un poco aturrido y desmemoriado—. ¿Pero vamos á ese pueblo para visitar la cuna de Cristóbal Colón? ¿Pues no has oído que los anticuarios españoles salen ahora con el descubrimiento de que Colón no nació en Génova, sino en Pontevedra? Y otros aseguran que el gran navegante nació en Plasencia, de una familia hebrea, y que para ocultar su religión se fingió natural de Génova. Se cree que vivió más en el mar que en la tierra. La cuna de los hombres extraordinarios ha sido en todos los tiempos origen de apasionadas disputas. En Grecia no se acabó de poner en claro la patria de Homero; y aquí mismo, el príncipe de las letras castellanas, Miguel de Cervantes, vió la luz, según unos, en Alcalá de Henares, según otros, en Alcázar de San Juan, y no ha mucho que un tercer biógrafo sostuvo que nació en Córdoba. Que haya nacido aquí ó allá, es palabrería ociosa y baladí. Lo fundamental, lo indiscutible, es que Cervantes escribió el *Quijote*.

B. PÉREZ GALDÓS

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

X

**P**ROMEDIABA el 1891 cuando yo escribía las últimas páginas de *Angel Guerra*. Con ardor infatigable acometí luego *Torquemada en la Cruz*. No lo expreso con seguridad porque en este punto flaquea mi memoria. Esa pícaro facultad, á quien he dado en llamar mi Ninfa, escapaba de mi lado en las ocasiones en que más la necesitaba, pero un día pude atraparla y dije: «esta es la mía». Con una cadenita de palabras capciosas la sujeté á mi cerebro. Andando días díjome la Ninfa que bien podríamos salir del círculo estrecho de la literatura novelésca para probar fortuna en el arte teatral... Ya sé lo que vas á contestarme, que en mi juventud me entusiasmaba la forma dramática, y que esta afición la exterioricé en diferentes tentativas de comedias y dramas, pero desengañado de que Dios no me llamaba por aquel áspero camino, rompí todos mis papeles y no volví á cuidarme de que había escenarios en el mundo. Quedó mi Ninfa meditando al oír esto, y después de corto silencio, habló así: «Soy tu Memoria, y como tal, téngome por el mejor testigo de tu labor literaria en la edad juvenil. En la presente, no ceso de oír que debieras escribir alguna obra de teatro, ó por lo menos dar estructura teatral á ciertas novelas tuyas, que ya llevan la ventaja de estar dialogadas, como *Realidad*.»

Respondí yo que era distinto el dialogismo novelesco del teatral, pero ello fué que oyendo á mi Ninfa quedé meditando. No tardaron en llegar á mi oído iguales apreciaciones, que si por un lado me lisonjaban por otro me inspiraban temor, pues si en los escenarios algunos autores obtienen ruidosos triunfos, otros resbalan y sufren mortal caída.

En aquel tiempo yo no frecuentaba el teatro; de noche no iba nunca, de tarde alguna vez, prefiriendo la Comedia por ser muy de mi gusto la compañía de Emilio Mario. Una tarde, estando yo en el vestíbulo del teatro, entró Mario, y presuroso me dijo: «No me detengo, D. Benito, porque voy á vestirme... Tengo que hablar con usted; hágame el favor de subir al saloncillo en cualquier entreacto.»

Pues, Señor... Mario me salió con la misma cantata. Le habían dicho que *Realidad*, novela, podía ser *Realidad*, drama. El creía lo mismo. Como empresario y como amigo me suplicaba que pudiese manos á la obra, si no para la actual temporada para la próxima. Mientras yo tanteaba el asunto, supe que en la compañía de la Comedia había ocurrido un cambio radical. «*Explicanos*—dije á mi Ninfa—qué cómicos

abandonaron la Comedia y quiénes vinieron á sustituirles.»

Habla la Ninfa: «Maestro, no me pidas fechas porque en eso soy poco fuerte. Los cómicos en España, como en todas partes, van y vienen de unas compañías á otras. En la Comedia estaba Vico muy considerado y bienquisto, y de la noche á la mañana se marchó con su sobrino Antonio Perrín. Tras él se fué Carmen Cobeña.

bridad. Con estas figuras y las que ya tenía, inauguró Mario felizmente su temporada en el otoño del 91, anunciando, entre otros estrenos, el de *Realidad*.

A María Guerrero yo no la conocía más que de nombre. Por primera vez la ví una tarde en la Comedia representando la dama de *Felipe Derblay—Le Maître des Forges*—función que se daba para redimir de quintas á un hijo del actor

Montenegro. La voz, el gesto y la prestancia de la actriz, me encantaron. Pasados algunos días, la ví ensayando *El obstáculo*, de Daudet, primer estreno de la temporada. Confundida entre las demás actrices, no me pareció la misma que yo había visto en la representación de *Felipe Derblay*. Vestía de negro, y cubría su cabeza con un honguito igual á los que usábamos los hombres. Me fijé en su tez morena y descolorida; fijéme asimismo en su límpida pronunciación, cualidad en la cual no hubo ni hay quien la iguale. En uno de los ensayos de *El obstáculo*, Mario me presentó á ella, y reunidos en un palco, María Guerrero me habló de *Realidad*, que ya conocía en la novela, antes de estudiarla en el drama. Entonces advertí en ella otra cualidad preeminente: la memoria. Con una sola lectura se apodera de un asunto y de un carácter, y le basta una simple audición ante el apuntador en la mesa de ensayos para dominar su papel.

Levóse al fin *Realidad*, y fué repartida en esta forma: Augusta, María Guerrero; La Perí, Julia Martínez; Orozco, Cepillo; Federico Viera, Thuillier; Joaquín Viera, Emilio Mario; Manolo Infante, García Ortega; Malibrán, Balaguer; etc. Los ensayos duraron un mes largo. La dirección escénica se entretuvo días y noches preparando por diferentes sistemas la aparición del espectro de Federico Viera en la última escena de la obra. Por fin, se adaptó una combinación de espejos análoga al artificio llamado *La cabeza par-*



La insigne actriz María Guerrero, cuando estrenó "La de San Quintín", de Pérez Galdós

Apenas separados, dividiéronse nuevamente. Pasados no sé cuántos meses, Vico y su sobrino estrenaban con María Tubau el drama de Sardou *Termidor*, y la Cobeña se agregó á la compañía de Ricardo Calvo y Donato Jiménez, que al poco tiempo apareció en el Principal de Valencia... Mario, ansioso de llenar prontamente el vacío que aquellos artistas dejaron en su teatro, trajo á María Guerrero, cuyo precoz talento se había manifestado en diferentes obras y singularmente en la *Doña Inés*, del Tenorio, y á Miguel Cepillo, actor ya consagrado por sus extraordinarias cualidades. A estos valiosos elementos añadió un joven todavía desconocido, Emilio Thuillier, que no tardó en adquirir cele-

brante. Al manipulador de esta habilidad, lo llamaba Mario *El mágico de astrakán*. De madrugada, después de la función, nos ocupábamos en ensayar una y mil veces el truco del espectro que al fin obtuvo el visto bueno de los curiosos que lo presenciaban, no sin discrepancias, pues la unanimidad de pareceres jamás se realiza en cosas de teatro. El 15 de Marzo se estrenó la obra; fué una noche solemne, inolvidable para mí. Entre bastidores asistí á la representación, en completa tranquilidad de espíritu, pues en aquellos tiempos yo ignoraba los peligros del teatro. Años después, conocedor de las veleidades del público, siempre que estrenaba una obra, me metía en el sitio más retirado del teatro, donde



Tipo del Valle de Ansó (Aragón)

otro final. Dicho y hecho. En una noche hice de nuevo la escena final, encomendada exclusivamente a las dos figuras de Victoria y Pepet. Al día siguiente, domingo por la mañana, se ensayó la escena por María Guerrero y Cepillo, repitiéndola como unas docientas veces, y el próximo 21 se estrenó la obra sin ningún tropiezo. El éxito fue muy bueno, descolando María Guerrero entre las actrices, y entre todos Cepillo, que encarnó el Pepet de una manera maravillosa. La crítica anduvo aturdida y desorientada; ni en la censura ni en el aplauso supieron los críticos lo que decían, ni acertaron a formular una opinión terminante. Han pasado veintitrés años sobre esta obra, y hoy la vemos más fuerte y robusta que en los días de su estreno. Todas las actrices españolas han hecho la Victoria y todos los actores el Pepet.

Amada Ninfa: ayúdame tú ahora. Para que mis fieles lectores sepan que en el bullicio teatral no olvidaba yo la placida y silenciosa novela, díles que ensayando *La loca de la casa* escribíamos *Tristana*, y *Torquemada en la Cruz* fué escrita cuando trazábamos el argumento de *La de San Quintín*. Esta comedia fué entregada a Emilio Mario y leída por María Guerrero en Octubre ó Noviembre del 92. Estrenada el 25 de Enero del 95, fué el éxito más brillante y ruidoso que hasta entonces tuve en el teatro. La novedad de la fabricación de rosquillas ante el público y el simbolismo social que esta escena y las demás encierran, fué muy del agrado del respetable... Prodigiosa se mostró María Guerrero en la Duquesa de San Quintín, gran señora, a quien los reveses de fortuna obligan a desdorar su prosapia en los quehaceres domésticos. No menos feliz estuvo Emilio Thuillier en su situación culminante, cuando caído en la impersonalidad social se levanta gallardamente con el esfuerzo de su voluntad poderosa y de una pasión romántica. Cepillo en la parte de D. César, Cirera en el patriarca Buendía, García Ortega en el Marqués de Talfán, y los demás artistas, contribuyeron a que *La de San Quintín* durara en el cartel cincuenta noches.

Continuemos nuestra historia, Ninfa mía. No es preciso que me recuerdes las obras que estrenó María Guerrero al final de aquella temporada. Una de las más nombradas fué *La Dolores*; pero como esto no es de nuestra incumbencia, cuéntale al pío lector la febril inquietud en que me puso la obra que proyecté para el año siguiente. Era un drama que debía desarrollarse en un país y ambiente medioevales, el valle de Ansó, situado en el alto Aragón, en vericuetos, que se dan de trompicones con la frontera francesa. Bien conocidas son en Madrid las ansotanas ó chesas; se las ve por esas calles vestidas con un traje pintoresco, vendiendo un hierbajo que llaman té. Ansó es país de contrabando; el terreno muy áspero; los hombres son fornidos, atléticos; las mujeres gallardas, ágiles, de sutiles movimientos. La obra que con tales figuras pensaba yo escribir, debía titularse *Los condenados*. Al imaginarla, ardía en deseos de visitar aquel país ¿pero cómo? Me parecía tan extraviado y lejano cual Polonia ó Escandinavia. En estas perplejidades me disparó la suerte un amigo, natural de Jaca, el cual me dijo que el viaje era facilísimo y que él me llevaría en coche desde su pueblo a las proximidades de la villa



Tipo del Valle de Ansó (Aragón)

no pudiera enterarme de lo que ocurría en el escenario. La noche de *Realidad*, el público, tan benévolo como selecto, oyó la obra con benevolencia en casi todas las escenas, y en algunas con verdadero calor y entusiasmo. Muy celebradas fueron María Guerrero en el papel de Augusta y Julia Martínez en el de la Perí. Mario hizo el Joaquín Viera con exquisito donaire y propiedad; Cepillo expresó de un modo perfecto la grandeza moral del personaje; y Thuillier se reveló ya como uno de los grandes actores de nuestro tiempo. De las críticas nada diré: Todo el mundo sabe que los escritores que juzgan las obras en el instante de su nacimiento ó de su estreno, viven por largos años adscritos a un periódico ó a una empresa teatral. La inamovilidad que disfrutan, les mueve a ejercer una especie de dictadura. Sus juicios vienen a ser como sentencias dogmáticas. En muchos casos son dichos señores insufribles por su presunción de definidores lacónicos é inapelables. Con *Realidad* fueron benévolos y corteses; cada cual dijo lo que le dictaba la conveniencia del momento. Entre las diversas críticas no hubo ninguna que profundizase en el asunto y caracteres del drama juzgado. Todas cayeron en el olvido de la obra. La crítica de las obras de teatro en España no ha coincidido todavía con el nacimiento de las obras. Las que contra viento y marea sobreviven veinte ó más años a su estreno, son las que pueden obtener una sanción relativamente duradera. El buen éxito de *Realidad* me movió a una nueva tentativa para el año siguiente, cediendo a las instancias de Mario y María Guerrero. La temporada del 92 y 93 fué brillantísima para la Comedia, porque en ella estrenaron *Mariana*, con éxito de los más resonantes. Al siguiente día de este estreno, que fué el 4 de Diciembre, se leyó *La loca de la casa*. La experiencia de *Realidad* no me enseñó a calcular las dimensiones de la obra dramática. *La loca* resultó tan desafortunadamente larga, que tardamos dos días en leerla. Desde los primeros días empezamos a dar tajos y mandobles para que quedara en razonables proporciones. Asistió a todos los ensayos, sin perder día, D. José Echegaray. No hay para qué decir cuán honrado me sentía yo con la presencia del insigne dramaturgo y cuánto me halagaba la constante atención que en la obra ponía, animando a los actores y a mí con sus a inadas apreciaciones. Muy avanzado ya el mes de Enero, la obra estaba dominada, mas yo notaba que algo flaqueaba en ella. Efectivamente, una tarde, estando solos conmigo María Guerrero y Mario, dijéronme que el final debía reformarse para que el éxito que esperaban fuera redondo y definitivo. De tal opinión participaba, según me dijeron, D. José Echegaray. Va il: al principio, medité después, y de pronto decidí escribir

pirenaica y misteriosa. Salimos de Jaca mi amigo y yo una mañanita en carreta tirada por cuatro caballos, y recorriendo un país de lozana vegetación pasamos muy cerca de San Juan de la Peña, cuna de la nacionalidad aragonesa, y después de medio día llegamos a un lugar llamado Biniés, donde mi amigo mandó hacer alto para que yo admirase un soberbio nogal, que era, sin disputa, el más colosal que en España existía. En efecto; visto el árbol de lejos, parecía un monte; por entre malezas y casuchas penetramos en aquella espesura, y al llegar al tronco, quedamos absortos ante la inmensa bóveda del verde y opulento ramaje. Imposible calcular los millones de nueces que pendían sobre nuestras cabezas. Hubiera yo deseado permanecer allí largo rato gozando en la contemplación de aquella maravilla, pero el descanso para los viajeros y las caballerías había de ser más adelante en un sitio llamado *La Pardina*, donde nos tenían preparada la comida para nosotros y el pienso para el ganado. Emprendimos la marcha por la empinada carretera que culbrea a la orilla derecha del Veral. Reposamos una hora y luego seguimos nuestro camino extasiados ante el magnífico espectáculo que por todas partes se nos ofrecía. Aquí espesas masas de vegetación, allá ingentes rocas; en el fondo el río, a trechos turbado por cascadas espumosas, a trechos manso, permitiendo ver en su cristal las plateadas truchas. A medida que avanzábamos, el paisaje era más grandioso y los picachos más imponentes por su extraña forma y aterradora grandeza. Tras larga caminata llegamos a un sitio donde terminaba la carretera. Mi amigo me dijo: «De aquí no podemos seguir porque la carretera no está terminada: Los dos kilómetros que nos faltan para llegar a Ansó, tenemos que recorrerlos a pie». Miré yo hacia arriba y ví las casas de la villa. Como por ninguna parte distinguieron mis ojos alma viviente, creí que estábamos en un país desierto. Por último, al llegar a las primeras casas del pueblo, mi amigo, viendo mi estupefacción ante tal soledad, me dijo: «Todo el pueblo debe estar reunido en la plaza. Un rumor que llega a mis oídos me dice que en la plaza está la cuadrilla de tiriteros que estos días recorre todo el país.» Entremos. En efecto; penetramos en las calles desiertas por entre casas altas, negras, ahumadas, y al llegar a la plaza quedé alelado viendo los grupos de chesas con sus trajes verdes, unas sentadas, otras en pie, y of el alegre vocerío que en la multitud producía el gracioso espectáculo de los tiriteros. Mi amigo empezó a llamar a voces por sus nombres a hembras y varones, y yo exclamé gozoso: «¡Ya me veo frente a mis Condenados! Estamos en el siglo XIV.»



María Guerrero, María Cancio, Conchita Ruiz y Emilio Thuillier en una escena de "La de San Quintín"

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

XI

Los días que pasé en Ansó fueron para mí muy gratos, y además, grandemente instructivos. Los conocimientos que adquirí, pormenores y rarezas que observé tocantes a la vida social española, eran para mí un precioso caudal que no cambiara por las riquezas que el minero extrae de las entrañas de la tierra. Yo no paraba en todo el día; de las calles sombrías pasaba gozoso al campo, donde entre variados cultivos predominaban las patatas y el lino. Noté que el trabajo campesino estaba en manos de mujeres, pues para el hombre se reservaban en aquel país las rudas fatigas y los peligros del contrabando.

Las casas de Ansó son de piedra y muy altas. En los pisos superiores, debajo de las tejas ó de las pizarras, están las cocinas; á éstas siguen siempre de lo alto á lo bajo, las habitaciones vívidas. Alcobá, comedor, etc., y en lo más hondo, al nivel de la calle, los graneros y almacenes. Las ansotanas son tan trabajadoras en el campo y en la casa, que no se las ve descansar ni un momento. Ellas lavan, planchan, hilan y traen agua de la fuente en grandes herradas. Algunas jovencillas vi cargando en la cabeza con prodigiosos equilibrios dos herradas, una sobre otra, y avanzaban risueñas cantando coplas y bromeando con los transeúntes.

Merecen las ansotanas un galardón nacional por el hecho inaudito de conservar su traje arcaico, renegando del caprichoso vaivén de las modas. Se visten por el patrón de los siglos XIV ó XV. La basquiña verde es en verdad una prenda elegantísima de largos pliegues que dan al cuerpo cierta prestancia señorial. Los manguitos abiertos por el codo y los hombros aumentan la gallardía de la figura, y los pendientes y collares con que se adornan, así como las chátaras de su calzado, completan el airoso conjunto. Para poder apreciar en todo su esplendor las bellezas ansotanas, hay que verlas en días de gala, cuando adornan su seno con graciosos colgajos de filigranas de oro y ciñen su cabeza con pañuelos cuyo color y forma varían según edad y estado de las hembras. Según lo que vi en aquellos días, no lleva traza de terminar el uso de la vestimenta arcaica. Las únicas mujeres que visten conforme á lo que llaman moda, son las que pertenecen á familias de carabisoneros.

Tuve la dicha de que mi amigo me alojara en la casa de un señor que era uno de los más pudientes y apersonado del pueblo. Tratábanos á cuerpo de rey, sirviéndonos succulentas comidas. Otro detalle de las costumbres medioevales de aquel país, era que las mujeres nos servían en el comedor y ellas comían en la cocina... Pasados no sé cuántos días en aquella deliciosa ociosidad, partí para volverme á Madrid. Mi amigo me llevó en su coche desde Ansó á la Canal de Verdun, donde tomé la diligencia que diariamente hacía el trayecto desde Jaca á Pamplona. Llevaba yo un recuerdo gracioso del vecindario ansotano y singularmente de la generosa familia que me había dado hospitalidad, col-

mándome de lindas atenciones. En el largo camino no cesaba yo de pensar en mis *Condenados*, entreteniéndome en modelar las figuras de *Salomé*, *Santamona*, *José León* y *Paternoy*. Y esto lo imaginaba sin perder el compás de la rondalla que el mayoral cantaba con voz clara y perfecta entonación. De tal modo se fundían y compenetraban

mis *Condenados* y la rondalla, que cuando estrené la obra en Madrid la música y mi drama reaparecieron en dulce maridaje.

Pernoctamos en Tiermas, pueblo de Baños, y á la mañana siguiente pasamos el río Aragón por Sádaba y seguimos nuestro camino oyendo siempre la cantinela del mayoral. A media mañana llegué á Pamplona. Mi primer cuidado fué dar un vistazo á la Catedral, que interiormente es gótica, muy bella y contiene sepulcros y altares de indudable valor artístico. El exterior, reconstruido en el siglo XVIII, es un armatoste greco-romano de un harto vulgar y desabrido. Recorrí luego algunas calles, la plaza y el paseo de la Taconera.... Y ahora, ninfa mía, ayúdame á poner la debida exactitud en mis recuerdos. ¿Conocí yo al infatigable y honrado propagandista Basilio Lacort en aquel mi primer viaje á Pamplona ó en los que después hicimos en días posteriores? Mi fiel, aunque voluble Memoria, frunció el entrecejo, meneó la cabeceita y me dijo: «Hablaste largamente con Basilio Lacort, con D. Antero Goñi y con Viñas, que fué alcalde de este pueblo. Retengo los hechos; pero en las fechas ya sabes que soy poco fuerte... Tus estudios históricos y geográficos para armar el complejo tinglado de los *Episodios Nacionales*, te traerán más de una vez á estas tierras... Y ahora no te detengas aquí. Volvamos á Madrid, maestro mío, que tenemos que salir para Cádiz y allí embarcarte para tu país natal, Las Palmas.»

A este recuerdo que hizo la Ninfa de mis obligaciones, siguió una breve disputa. Como yo le dijera que se preparase para ir conmigo á las Afortunadas, la ninfa soltó la risa y con la risa este definitivo argumento: «Para tu servicio en tierras canarias, tienes á mi madre que allá te espera luminosa y diligente. De allá me tragiste tú muy niña y en España me crié auxiliándote con mi vivacidad, no exenta de travesuras.» Asentí yo á estas discretas razones añadiendo que tanto apreciaba á la hija como á la madre, que mi mayor gusto sería valerme de las dos, la hija y la madre, en las andanzas de esta fatigosa existencia.

Partimos para Madrid, y el viaje á Canarias quedó aplazado para cuando se pudieran reunir y concertar mis dos Memorias, la isleña y la continental, fusión necesaria para tan arduo empeño. De Madrid pasé á Santander, donde estaba construyendo el Hotel que poseo en el Paseo de la Magdalena. Aunque el edificio no estaba completamente terminado, allí vivía yo con mi familia y allí puse término á mi drama *Los Condenados*. Al propio tiempo que publicaba *Terquemada* y *San Pedro*, trasladé á Madrid mi asendereada persona, para ocuparme en los ensayos de la obra cuya gestación me había llevado al pintoresco valle de Ansó. La compañía de la Comedia, dirigida siempre por Emilio Mario, no pudo sustraerse á la fiebre de mudanza que es el mal endémico de los cómicos españoles. Abandonó el cotarro María Guerrero, que quiso formar rancho aparte en el teatro de la Princesa. La restante compañía de Mario, cubriendo la baja de María Guerrero con la ilustre actriz Carmen Cobeña, siguió como estaba. Ensayamos con todo el esmero posible *Los Condenados* y el estreno fué á principios de Diciembre. Desde las primeras escenas, parte del público dió en meterse con la obra de una manera tan grosera, que claramente se veía la confabulación y el designio de reventar la obra. Amigos míos de incondicional adhesión, habían notado entre los curiosos que asistían á los últimos ensayos, un cierto secreto y tacto de codos que delataban la conspiración. Descuidado yo de estas miserias por mi candorosa ignorancia del recóndito mecanismo teatral, no presté atención á lo que me dijeron mis amigos, y afronté el estreno tragándome las amarguras de aquella luctuosa noche. Y no se hundieron *Los Condenados* por deficiencia en la ejecución, pues todos los intérpretes cumplieron como debían. Carmen Cobeña estuvo admirable en *Salomé*; Conchita Ruiz, que era entonces una jovencilla, caracterizó de una manera perfecta la viejísima *Santamona*. El mismo

elogio debo hacer de Thuillier, Cepillo, Cirera, Balaguer, Rosa, Tovar, Urquijo y demás artistas.

Rechazada la obra por artes aviesas, los críticos, con raras excepciones, se pasaron al enemigo. Yo creí de mí deber protestar de lo que me parecía tan violento como injusto. Al presenciar el entierro de *Los Condenados*, les canté un responso en el prólogo de la edición que publiqué á los pocos días del estreno. Creyeron algunos que había estado yo bastante duro en el recorrido que dí á los críticos; pero no me pesa de ello. Las voces de ira y despecho con que fui contestado, confirmaronme en la razón que tuve para revolverme contra la brutal sentencia. Pregunto á mi ninfa dónde escribí yo el prólogo de *Los Condenados*, y ella diligente y gozosa me contesta: «Esa terrible catilinaria la escribiste, maestro mío, en la casa de tu amigo Manolo Tolosa Latour, donde amenudo ibas á comer.» En efecto, con Manolo Tolosa Latour, á quien llamábamos familiarmente el Doctor Fausto, me unía desde tiempo inmemorial una amistad cordialísima. Renombrado médico de la niñez, curábame también á mí en las indisposiciones infantiles que á las veces padecía yo. El y su ilustre esposa Elisa Mendoza, que había sido la primera actriz de su tiempo, eran los primeros asistentes á mis estrenos y salían del teatro con las manos doloridas de tanto aplaudirme. Como deseo consignar en estas Memorias las amistades que me han favorecido con su cariño en el dilatado curso de mi existencia laboriosa, inauguro esta galería de amigos con Tolosa Latour, que fué de los primeros en mi conocimiento y aún vive para satisfacción mía y bien de la Humanidad.

Otro amigo que en las luchas del teatro se ponía de parte mía con verdadero frenesí era Paco Navarro Ledesma, á quien conocí en el estreno de *Realidad*. Nuestras cordiales relaciones fueron intensas y cortas, pues la vida de aquel brillante escritor se extinguió en plena mocedad, dejando acá la monumental obra *El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra* y multitud de trabajos literarios de sabrosa crítica y polémica.

Otro amigo mío que rompió lanzas defendiendo bravamente mis ensayos teatrales fué Antonio Martínez y Ruiz de Linares, tan distinguido en su profesión militar como en las campañas periodísticas que le acreditaron de verdadero maestro en el arte de escribir. No necesito decir cuánto me desconsoló su muerte, acaecida en la madurez de la edad. Ruiz de Linares y Navarro Ledesma partieron de este mundo con poca diferencia de tiempo... En páginas sucesivas de estas Memorias seguiré presentando á mis lectores la galería de personas ilustres, así españoles como extranjeros, vivos ó muertos, que me han honrado con su amistad, y al publicar sus nombres daré á conocer los retratos que pueda conseguir.

Cierro el proceso de *Los Condenados*, adelantándome veinte años en esta relación, para consignar que en la primavera de 1914 tuvo Federico Oliver, director y empresario del teatro Español, la feliz idea de ofrecer á su público la revisión del drama malogrado en 1894. En este segundo estreno no se hizo la menor alteración en el texto de la obra. El éxito fué extremadamente lisonjero. Los tiempos ruedan, los públicos cambian y las obras de teatro mueren ó resucitan... cuando Dios quiere.



DR. D. MANUEL TOLOSA LATOUR



FRANCISCO NAVARRO LEDESMA

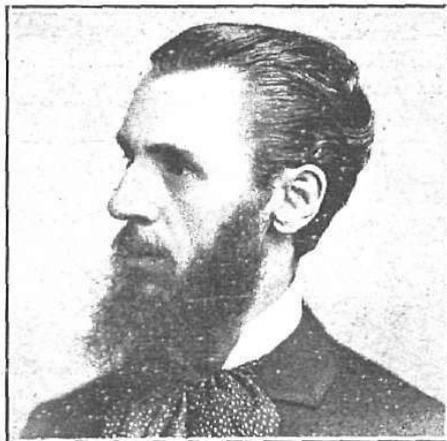
# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

XII

CON el buen propósito y mejores ganas de dar principio al capítulo duodécimo de estas Memorias, suspensa la pluma sobre el papel en blanco, pido á mi Ninfa su opinión sobre acontecimientos de mi vida, viajes ó viajesitos que pudiéramos dejar olvidados. Y ella, con infantil donaire y más voluble y pizpireta que nunca, me habla de esta manera:

«No olvidaré, maestro mío, ni nuestros viajes por países distantes, ni nuestras excursiones á ciudades immortalizadas por un nombre de inmensa resonancia en la literatura universal. Tengo bien presente nuestra visita á Stratford-on-Avon, patria del más alto ingenio de Inglaterra. No te digo nada de la fecha porque la ignoro, y en cuanto al asunto, no debes repetirlo ahora, porque ya lo publicaste en un librito que anda por esos mundos y que figura, con otros trabajos tuyos, en un tomo titulado *Memoranda*... Precedió á esta interesante visita la que hicimos á Edimburgo, ciudad renombrada por su esplendor cultural en todas las artes y ciencias, de donde vino el calificativo de *Atenas del Reino Unido*. Salimos de Newcastle con nuestro compañero de fatigas Pepe Alcalá Galiano. Pasamos por Berwick, frontera de Escocia. (Ya sabéis que este título de Berwick vino á ser español en la guerra de Sucesión y quedó enlazado después con los ducados de Liria y Alba.) Pasamos por el brazo de mar llamado Firth-of-Forth, y admiramos el inmenso puente, aún no terminado, que une á ambas orillas. Para dar idea de las dimensiones de esta obra colosal, baste decir que cada uno de sus tramos equivale á dos torres *Eiffel* colocadas horizontalmente...

Llegamos, como sabéis, á Edimburgo, que nos sorprendió, por no ser ciudad tan abumada y tristonía como otras del Reino Unido. Aunque allí no faltan industrias ni altas chimeneas, lo que prevalece es el taller literario, libros, revistas, imprentas, organismos académicos, científicos, que abrazan desde lo más elemental para uso de la infancia hasta lo más abstruso y enciclopédico para las inteligencias viriles. La calle principal, Princes-Street (calle de la Princesa), que es la vía principal de Edimburgo, es una sucesión de edificios monumentales alternando con casas espléndidas, museos, hoteles; la estación del ferrocarril, es considerada por los escoceses como la más hermosa calle del mundo. Se destacan en ella el monumento á Walter Scott, la soberbia columnata que encierra los Museos de pintura y las colecciones científicas y multitud de estatuas consagradas á las celebridades escocesas... El mismo día de nuestra llegada á Edimburgo hubimos de disponer nuestra partida porque mi compañero de viaje se vió precisado á regresar á Newcastle por obligaciones apremiantes del consulado de España. Habíamos ido á Escocia con ánimo de visitar, después de Edimburgo, la Región de los Lagos, cuyas poéticas leyendas enardecían vivamente nuestra imaginación. Pero este lindo plan hubo de ceder á las exigencias de la realidad humana. No quisimos abandonar la ciudad de las imprentas, emporio de la librería y del saber académico, sin visitar la Universidad y otros centros escolares. Avidos de romántica historia, corrimos después en busca del palacio de Holyrood, antigua residencia de los reyes de Escocia. La Abadía próxima es una ruina venerable y pintoresca. Creyérase que es un modelo de vestigios artificiales y que sus machones festoneados de hiedra son obra de una mano de artista decorador de esqueletos arquitectónicos. El palacio se conserva bien. En uno de sus salones hay una galería de retratos de los reyes de Escocia, colección de pinturas en las que no se vislumbran la antigüedad ni el carácter personal de los soberanos allí representados. Todo es obra del coleccionismo sintético y catalogado. Lo verdaderamente interesante y auténtico es la alcoba de María Estuardo. Sobreviven el lecho, los colchones, las cortinas y demás paramentos, como si



D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO

estuviera reciente su uso. No lejos del dormitorio de la infortunada reina, vimos la escalera en que fué asesinado Rizzio. Nuestra imaginación ó la locuacidad del *cicerone* descubrieron en el pavimento huellas de la sangre del aventurero italiano.

El cielo dió á María Estuardo un buen palmito, pero le negó el adorno de una clara inteligencia, necesaria para gobernar su vida. Era hermosísima, pero carecía del freno moral para contener sus livianos apetitos. Casó en temprana edad con el Delfín de Francia, después rey Francisco II, y ya viuda, pasó á ocupar el trono de Escocia. Desleales consejeros arrastráronla prontamente á las mayores torpezas y desatinos. Casó con un noble llamado Darnley, y como en la linda cabeza de María el exceso de liviandad no dejaba espacio al sentido político, se enamoró de un italiano llamado Rizzio, que apareció en aquel país tocando la bandurria, el laúd ó no sé qué instrumento. Sobrevino la catástrofe inevitable en estos devaneos. En el acaloramiento de un festín, Darnley mató á Rizzio, y desde entonces ya no hubo paz para la dislocada reina de Escocia.

En aquellas décadas aparece en el reino vecino otra mujer, figura histórica de colosal relieve, Isabel de Inglaterra, que si no podía rivalizar con María en gracias femeniles, la superaba con creces en dotes intelectuales. Hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, Isabel poseía un talento de primer orden escondido tras una máscara de sequedad y tiesura. La rivalidad entre Isabel y María no tardó en estallar. Móviles de este antagonismo fueron la hermosura de la Estuardo, que despertaba en Isabel la natural envidia, y las rivalidades entre católicos y luteranos, que el fanatismo exacerbaba en proporciones aterradoras.

Así las cosas, María se apoyaba en Bothwell y después en Murray. Y en tanto Isabel, obrando con tanta sagacidad como perfidia, trataba de in-



CARLOS DICKENS

ducir á María á una transacción amistosa, y con arte sutil cuidaba de apartarla de su reino para precipitar el fin trágico que deseaba. En uno de estos lances, Isabel preparó hábilmente la entrevista de las dos reinas en el bosque de Fotheringhay. Esta entrevista de las dos reinas es la escena más maravillosa del drama de Schiller *María Estuardo*, y de ella puede decirse que la poesía supera en interés y verdad á la Historia... Continuaron después de esta escena las agrias disputas entre las dos reinas; una y otra conspiraban enredos mil para sacar triunfante su derecho. Isabel, más ladina que su rival, supo dar al litigio carácter de conspiración contra el Estado. La soberana de Inglaterra había heredado de su padre, el bárbaro Enrique, el arte expeditivo de despachar á sus enemigos por medio del verdugo, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, condenó á María á morir en el cadalso... Es decir, degollada, conforme á la dignidad real.

La terrible sentencia fué comunicada á la Estuardo la víspera de la ejecución. La muerte de María resultó el acto más noble de su vida. El largo martirio en prisiones limpió su alma de inveteradas culpas. La majestad, la resignación edificante, la ternura con que se despidió de su servidumbre, resplandecieron con destello sublime cuando entregó su cuello al verdugo, á Dios su alma. La gran pecadora supo dar á la posteridad la clara sensación de morir como una santa.

Bastante tiempo antes de su muerte, viéndose la Estuardo en estrecha prisión, y no sabiendo á quién encomendarse, puso su esperanza en Felipe II, á la sazón el monarca más poderoso de Europa. A este propósito envió su retrato en miniatura al duque de Alba, gobernador de los Países Bajos, añadiendo una sentida dedicatoria. Dicho retrato, que es una preciosidad, según me han dicho, existe en el Palacio de Alba en Madrid. En el archivo histórico de la misma casa se conservan tres cartas autógrafas dirigidas al duque en 1565 y 1570 y otra de la reina Isabel.

María pereció en 1587. Dueña del campo la implacable Isabel, declaró su enemistad al *Demonio del Mediodía*, que así llamaba á Felipe II, rey de España. Este, andando los tiempos, le pagó con la misma moneda y mandó contra ella la escuadra *Invencible*, destruida por los temporales antes de cumplir su objeto en las costas de Inglaterra. La derrota de la *Invencible* inicia el apogeo de Inglaterra como potencia de los mares. Fomentó este poderío la reina Isabel, desplegando sus raras dotes de inteligencia política y administrativa. Por terribles crisis pasó Inglaterra en los años siguientes, crisis religiosas y políticas; pero es indudable que á Isabel se debió el aumento del poderío británico como lo conocemos en la edad presente.

Terminada nuestra visita al palacio de María Estuardo, poco teníamos ya que hacer en Edimburgo. En una plazuela próxima á Holyrood nos detuvimos para oír la banda militar de un regimiento de *High-landers*, compuesta, como es sabido, de gaitas y tambores. Para mí aquella música tan característica como los trajes de los soldados escoceses, no era nueva, pues en Gibraltar había tenido el placer de oírla. Después de echar un vistazo á Carlton Hill, partimos para Newcastle. Muy desconsolado iba yo: por mi gusto me hubiera corrido desde Edimburgo á Glasgow, pasando luego á la Región de los Lagos. Mi ambición viajera no paraba en esto; hubiérame lanzado gozoso al Norte de Escocia, buscando en Inverness el páramo donde las *Brujas* anunciaron á *Macbeth* que sería rey, y reconstruir una por una las escenas del terrible drama de la ambición. En mis correrías las personas y cosas imaginarias me seducían más que las reales. Siempre fué el Arte más bello que la Historia.

Camino de Inglaterra, me afirmé en la resolución de no demorar mi viaje á Stratford-on-Avon, donde vió la luz el inmenso Shakespeare. Mi fiel amigo Pepe Galiano no podía en aquellos días

acompañarme. Nos despedimos en Newcastle, y solito, enterándome de la dirección que debía seguir, me dirigí á Birmingham, que es, como todo el mundo sabe, uno de los más grandes emporios industriales de Inglaterra. Como no me guiaba ningún interés industrial ni comercial, poco tiempo me detuve en Birmingham, y tomando otro tren, seguí mi ruta hacia el lugar donde la Musa británica engendró á *Hamlet*, *Macbeth* y otras inmortales criaturas.

Confirmando lo que ha dicho mi Ninfa, omito en estas Memorias mis impresiones de Stratford, porque ya lo hice en un libro titulado *La Patria de Shakespeare*, y emprendiendo nueva ruta, paso por Oxford, la ciudad universitaria, por Windsor, residencia habitual de los reyes de Inglaterra, y no paro hasta Londres.

Por tercera vez me veo en la Metrópoli de la Gran Bretaña; pero ni esta ocasión ni las siguientes me bastarán para contaros mis observaciones en este conglomerado de ciudades populosas. París es grande, metódicamente regular y armónico; Londres es disforme, desproporcionado, sin medida en sus bellezas, como en sus fealdades; compónenlo arrabales magníficos, rincones deliciosos y longitudes desesperantes como ensueños de pesadilla. Dividiré en tres partes mis relatos londinenses, empezando por el Oeste, que sintetizo con este rótulo: *El Parlamento y Westminster*. Tarea tengo ya para hoy. Y cuando Dios quiera tendréis la segunda conferencia: *San Pablo y La City*. El extremo Este y la tercera: *Regent's Park* y el *Jardín Zoológico, British Museum*.

Doy principio á mi tarea descriptiva partiendo de la columna de Nelson (Tratfalgar Square), paso junto á la estatua ecuestre de Carlos II y entro en Whitehall, avenida espaciosa formada por varios edificios del Estado. Entre ellos se destaca, á mano izquierda, un palacio de modesta arquitectura y aspecto vulgar; no obstante, tiene gran valor histórico, porque en él fué decapitado el rey Carlos I el 30 de Enero de 1649. En medio de la calle se levantó el patíbulo, que fué comunicado con el palacio por uno de los balcones de éste. Víctima de su orgullo y de su desprecio del Parlamento pereció el segundo de los Estuardos. En el terrible momento de entregar su cuello al verdugo, mostró Carlos la dignidad propia de su estirpe y de su acendrado cristianismo. Este acontecimiento, punto culminante de la Historia de Inglaterra, marca una ejemplaridad política que reaparece de tarde en tarde en la conciencia de otros pueblos europeos...

Sigo mi camino por la espaciosa vía, en dirección del Támesis; y sin parar mientes en diferentes edificios que á uno y otro lado se ofrecen á mi vista, toda mi atención se clava en una torre corpulenta, elevadísima, de traza robusta dentro del estilo gótico-rectangular. En su cuerpo más alto campea el disco de un reloj monumental que se me antoja el reloj más grande del mundo. Acercándome más veo la enorme mole del Parlamento, uno de cuyos lienzos se extiende á lo largo del Támesis, fundado sobre las corrientes aguas del

río. Por la otra parte aparecen otras grandes prolongaciones del mismo edificio, que sirve de asiento y albergue á la institución política más estable y grandiosa de la vieja Inglaterra. En otra ocasión penetré por breves instantes en aquel recinto. En la ocasión que ahora refiero me procuré un pase para visitarlo y recorrerlo detenidamente. ¡Qué inmensidad, qué lujo, qué magnificencia! Allí reside la verdadera majestad, la soberanía efectiva de la nación. En una parte la Cámara de los Comunes, en la otra la de los Pares, y entre ambas dilatada serie de salones destinados á locutorios, conferencias, bibliotecas, oficinas, comedores, escritorios, habitaciones privadas del presidente y secretarios, que en el régimen inglés son funcionarios permanentes. Cuanto conviene, en fin, á la relación entre ambos estamentos y á la

raza. En las capillas de Westminster encontramos todos los Reyes, Reinas, Príncipes y Caballeros que han florecido en este noble suelo. La capilla de Enrique VII es, en este concepto, interesantísima. También hay Reyes santos en esta y otras capillas; pero algunos visitantes rinden culto á los santos de su mayor devoción, no en las capillas, sino en las naves y cruceros de la iglesia. En esta encontré á Newton, que en la piedra de su sepulcro tiene grabado el famoso *binomio*, fórmula matemática que dió fama á este varón extraordinario, descubridor de la Gravitación Universal y del sistema del mundo. La ciencia debe, además, á Newton otras grandiosas conquistas.

No lejos de la tumba de Newton vi la de Darwin, creador de la teoría del origen de las especies por la selección natural... En una de las alas

del crucero, y en la que lleva el nombre de *Rincón de los poetas (Poets Corner)*, nos hallamos ante la brillantísima pléyade de poetas, novelistas, historiadores, críticos, músicos, actores, etc., que en siglos diferentes han brillado en el espacio infinito del Arte británico. Los que no tienen sepultura en la Abadía con inscripciones y signos fehacientes están representados por estatuas, bustos, medallones y expresivas leyendas. Resulta un completo cielo, como nos le pintan y describen las escrituras dogmáticas. Allí están los profetas, apóstoles, mártires, los elegidos, en fin, mercedores de la inmortalidad. Allí podemos rendir culto á los santos que nos merezcan más respeto ó veneración. Resplandecen en la celestial muchedumbre Macaulay, Thackeray, el compositor Handel, que los ingleses consideran como suyo, aunque nació en Alemania; Oliverio Goldsmith, Pope, Addison Chaucer, Thomson, Prior, Campbell duque de Argyll, Spencer, el afamado comediante Garrick, Milton, cuyo solo nombre basta para caracterizarle, Dryden, Ben Jonson, descollando entre todos el soberano hacedor de humanidades vivas Guillermo Shakespeare...

La última vez que visité la Abadía vi en el suelo del *Rincón de los Poetas* una sepultura reciente; en ella, trazado al parecer con

carácter provisional, leí esta inscripción: *Dickens*. En efecto, el gran novelador inglés había muerto poco antes. Como éste fué siempre un santo de mi devoción más viva, contemplé aquel nombre con cierto arrobamiento místico. Consideraba yo á Carlos Dickens como mi maestro más amado. En mi aprendizaje literario, cuando aún no había salido yo de la mocedad petulante, apenas devorada *La Comedia Humana*, de Balzac, me apliqué con loco afán á la copiosa obra de Dickens. Para un periódico de Madrid traduje *El Pickwick*, donosa sátira inspirada sin duda en la lectura del *Quijote*. Dickens la escribió cuando aún era un jovenzuelo y con ella adquirió gran crédito y fama. Depositando la flor de mi adoración sobre esta gloriosa tumba, me retiré del panteón de Westminster... Quisiera dar un vistazo al Museo de Pinturas; pero es muy tarde y este artículo es demasiado largo. Quédese para un día próximo el tratar de lo que me sugiera mi caprichosa Memoria.

B. PEREZ GALDOS



MARIA ESTUARDO

complicada máquina del régimen parlamentario de una nación cuya base política es gobierno del pueblo por el pueblo. No quiero meterme en una disquisición prolija sobre el sistema inglés, que es admiración y debiera ser ejemplo de todo el mundo. Para seguir con brevedad mi plan, abandono el Parlamento y me dirijo á un edificio próximo, también monumental y de gótico estilo, en el cual veremos glorificado en forma religiosa lo más espiritual del alma británica...

Ya estamos en la Abadía de Westminster. Siempre que penetro en este templo siento como el que asiste á llevar una ofrenda á los Dioses ó á los mortales que con los Dioses se codean. Ni Francia en su Panteón, ni nosotros en nuestro Escorial, hemos igualado á lo que los ingleses han hecho aquí. Sepulturas de Reyes tenemos nosotros. Sepulturas de Grandes Hombres tiene Francia; pero ni en una ni en otra parte del Continente se ha conseguido, como en Londres, la incineración y glorificación de todas las grandezas de una

# MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

XIII

ESTA Ninfa de mis pecados, distraída y volátil, rara vez me da el pormenor de lugares y fechas tratándose de nuestros viajes ó de los asuntos históricos que juntos presenciámos; pero como yo le pida la exactitud cronológica para referir sucesos ó negocios de mi personal interés, suelta la risa y revoloteando me contesta con esas desabridas excusas:

—Maestro mío, ¿requieres mi auxilio para referir á nuestros lectores el litigio que te viste precisado á sostener con el primer editor de tus obras? Pues tu Ninfa, hablándote con la sinceridad que mereces, declara que no debes hablar al público de esa vil prosa de los intereses editoriales. Contémosle al querido lector el cómo y el por qué de tu labor literaria; pero de la compra y venta de libros no digas una palabra, que esa monserga mercantil á nadie le interesa.

A lo que respondí: «Contra lo que ha dicho mi Ninfa gentil opino yo que el mecanismo interno de la producción literaria despierta en el público interés más vivo que la producción misma. Tú sabes que ya he terminado la primera y segunda serie de los *Episodios Nacionales*, sabes asimismo que estos veinte tomos han tenido gran éxito de librería en España y América, y no ignoras que tu maestrillo, por el camino que va, no lleva trazas de figurar entre los accionistas del Banco de España.»

Con estos razonamientos nos entretuvimos mi Ninfa y yo, y por fin me decidí á poner término á la desdichada situación económica en que me había puesto el amigo con quien me asocié para imprimir y publicar mis obras. Largas controversias tuvimos el tal y yo para llegar á una concordia; pero no fué posible... En aquel tiempo tenía yo cordial amistad con don Antonio Maura. Nos veíamos diariamente en el Congreso y no tardó en llegar la ocasión de manifestarle familiarmente lo que me pasaba. Empezó D. Antonio por pedirme todos los datos, notas, cartas, cifras referentes al caso, y una vez penetrado del asunto, me dijo: «Plantee usted la cuestión en los Tribunales, que yo le defenderé». Defensor de la parte contraria fué el Diputado por Tenerife, Villalba Hervás, buena persona que en mala ocasión vino á ser mi enemigo... Ya me tenía entre Letrados, Procuradores, Jueces y Peritos. Intervenimos los libros de contabilidad, que eran muy defectuosos; se nombró un Administrador judicial y recorrimos con fatigoso anhelo las vueltas y revueltas, los rincones y pasadizos de la tramitación judicial. Era como una pesadilla que no se acababa nunca. Mi contrincante y yo nos cansábamos de aquella interminable y costosa peregrinación por los tenebrosos dominios del papel sellado, y Maura me aconsejó que propusiera á mi contrario llevar el asunto á un arbitraje. Así se hizo. Hicimos la escritura comprometiéndonos á respetar el fallo que dictaran los amigables com-



D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

ponedores. Nombramos árbitro al ilustre Catedrático y Jurisconsulto D. Gumersindo de Azcárate. Este estudió detenida y concienzudamente el asunto y dictó un laudo que contenía más de cincuenta pronunciamientos que dieron por terminado el enfadoso pleito.

Ved aquí lo más esencial del laudo: En primer término me reconocía la total propiedad de mis obras, pues la mitad de las mismas tenía por suya el que había sido mi socio industrial. El reconocimiento de la propiedad de mis obras fué para mí un indudable triunfo. Disuelta la Sociedad, el laudo me imponía la obligación de abonar á mi contrario una parte bastante crecida de la liquidación por anticipo que mi socio me había presentado. Por tal concepto tenía yo que pagar á toca teja 82.000 pesetas.

Como en el curso del litigio se había hecho el recuento de libros existentes, el laudo disponía que, dividida en dos partes la existencia, se adjudicara la mitad á mi contrincante, quedando la otra mitad en mi poder, añadiendo esta justa disposición: mi contrario no podía vender ni reimprimir las obras que le habían correspondido; yo sí podía hacerlo, pero agregando á este derecho la obligación de comprar al precio corriente de librería las obras de la parte contraria cuando la mía se agotara. En resumen, yo salí ganando la propiedad de mis obras, el derecho de reimprimirlas y venderlas; pero esta ventaja positiva se atenúa hasta cierto punto con un considerable desembolso, que en aquel tiempo era superior á mis fuerzas. Muy agradecido quedé á mis ilustres amigos Maura y Azcárate que me sacaron de aquel Purgatorio.

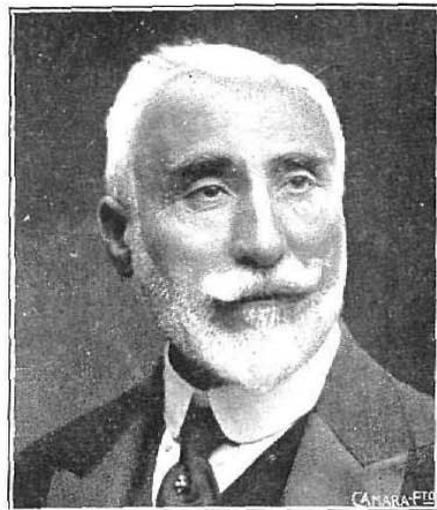
Mi Ninfa, que en ciertos casos peca de distraída y en otros de reparona, aficionada á las estadísticas, puede dar testimonio de que en el largo tiempo que duró la horrenda crisis del papel sellado, no estuve ocioso. En la casa donde establecimos la administración judicial escribí *Misericordia* y *El abuelo*. Tampoco me descuidé en ofrendar á Talía y Melpómene. Retrocedo en mi relato para referir que en el Español estrenó María Guerrero mi comedia *Voluntad*, cuyo éxito no pasó de regular. Poco después di en la Comedia el arreglo de *Doña Perfecta*, cuya protagonista desempeñó con notable acierto María Tubau. Emilio Thuillier, Nieves Suárez, Josefina Alvarez, Amato y demás artistas completaron el éxito, que fué grande y ruidoso, sobre todo en la escena final del acto segundo, cuando en la disputa entablada en el escenario interviene comentándola el formidable estruendo de los clarines de la caballería... Al año siguiente di al Español *La fiera*, asunto referente á la nefanda época de los Apostólicos, precursora de la Guerra civil. Dieron ambiente real á este drama Carmen Cobeña, Thuillier, Agapito Cuevas, Valles, Valentín, Balaguer, María Cancio y Carolina Fernández. Gustó bastante la obra y hoy

creo que gustaría más. No renunció á que en los días presentes se hiciera en cualquiera de los principales teatros de Madrid una revisión de aquella olvidada *Fiera*.

Prosigo la relación de mis desconcertadas Memorias diciendo que viéndome dueño de mis obras resolví establecerme como editor de ellas en el número 152 de la calle de Hortaleza, piso bajo. Dió comienzo con esto una nueva etapa de mi existencia literaria. El considerable desembolso que tuve que hacer para liquidar las resultas del pleito obligome á sacar de mi caletre los elementos necesarios para salir del paso. Como el trabajo no me arredraba, al contrario, era mi mayor delicia, acometí la tercera serie de los *Episodios Nacionales*. En el plan que para esta serie discurrí figuraba en primer término el título de *Zumalacarreñui*. Queriendo documentarme para el estudio de esta figura y de otras, acudí á mi amigo D. Juan Vázquez de Mella, que á la sazón vivía en la calle de Valverde. Amable en extremo D. Juan, me dió cartas para visitar diferentes pueblos y personas de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra. Con las cartas de introducción que me dió D. Juan me dirigí á Cegama, Azpeitia, Pamplona, Puente de la Reina, Estella, Viana y otras poblaciones que fueron teatro de las Guerras civiles. En Cegama visité al cura D. Miguel Zumalacarreñui, sobrino carnal del famoso caudillo que murió en aquella villa el 24 de junio de 1855 al volver mal herido del primer sitio de Bilbao. El bondadoso y simpático D. Miguel me recibió en su casa con tanta cortesía como afabilidad, mostrándome la estancia en que su ífo entregó su alma á Dios. Vi la cama cubierta con una colcha de damasco amarillo. Completaban el decorado de la alcoba las armas y el retrato del héroe con estampas y cuadros religiosos que le daban aspecto de capilla, sin que faltase un altarito donde presumí que algunos días diría sus misas D. Miguel. Este me convidó á comer; mas como yo no podía deíenerme por llevar tasado el tiempo, reusé cortésmente la invitación. El buen sacerdote no quiso que me marchara sin aceptar una copita de vino blanco, como es uso del país. Llévome luego al través de la casa cuyos pisos, así como la escalera, bruñidos por la cera, retemblaban á nuestro paso. En el portal vi unas pesas colosales de forma primitiva como suelen verse en todas las casas guipuzcoanas. Salimos el cura y yo; por un puentecillo pasamos á una plazuela y entramos en la iglesia parroquial de la villa, que me pareció grande y despejada. Llévome D. Miguel á una capilla de la derecha para que viese y admirase el sepulcro donde yacen los restos mortales de D. Tomás Zumalacarreñui, campeón del carlismo y uno de los estratégicos más notable de su época. Corona el sepulcro una estatua colosal del caudillo que no me pareció expresar bien la severa gallardía y arrogancia de aquella figura que con un gesto y una voz conducía á su hueste á encarnizadas



D. GUMERSINDO DE AZCÁRATE  
FOT. CAMPÚA



D. ANTONIO MAURA  
FOT. KAULAK

releas. Me guardé bien de comunicar esta impresión crítica de momento al simpático D. Miguel y me despedí de él y de Cegama con los alocos expresivos que el buen sacerdote merecía.

Al siguiente día, tomé un coche en Beasain para irme á Azpeitia, lugar famoso de cuyo nombre era deber mio acordarme siempre, porque allí nació mi abuelo materno D. Domingo Galdós y Alcoria, varón digno y virtuoso, contemporáneo, según creo, de la Revolución Francesa. En los últimos años del siglo XVIII, fué destinado aquel señor á Las Palmas con el cargo de Secretario de la Inquisición. Estos empleos eran á la sazón desempeñados por seglares. Llevóme á la villa de Azpeitia, además de mi curiosidad de cronista, el afán de conocer algún vestigio, si lo había, en el tronco del árbol vital á que pertenece mi humilde persona. El pueblo me pareció feísimo, las casas altas y sombrías. La Iglesia parroquial, titulada de San Sebastián y San Ignacio, es hermosa, con un magnífico pórtico de D. Ventura Rodríguez. En el interior existe la pila en que fué bautizado San Ignacio de Loyola.

Me hospedé en la cómoda y espaciosa fonda de Artech y en ella primero, divagando luego por las calles, traté de indagar si había en Azpeitia alguna persona en que pudiera encontrar aclaración próxima ó distante con mi familia. Lo único que supe fué que los últimos Galdoses se habían ausentado de Azpeitia algunos años antes. Sólo un viejecito que me deparó la dueña de la fonda, me dijo que en el convento de religiosas, no sé si dominicas ó bernardas, existía una monja muy anciana que llevaba mi apellido. Ni corto ni perezoso me fuí al convento, situado al otro lado de un río, que creo era el Urola. Abierta estaba la Iglesia; entré en ella y me ví en una soledad misteriosa y apacible. Sólo turbaba el silencio de aquel recinto el rezo gangoso de dos viejas sentadas en un banco no lejos de mí. Pasó en esto un sacristán que agitando un manojo de llaves nos indicaba que no tardaría en cerrar la Iglesia. Obedeciendo á repentina corazonada, pregunté al sacristán si conocía á una religiosa de aquel monasterio que llevaba el apellido de Galdós. Y el sacristán, rascándose la frente como para escarbar en su memoria, me contestó: «Esa señora debió pasar á mejor vida cuatro años ha.» Y oyendo ésto, avanzó una de las viejas y metiendo baza en lo que hablabamos, dijo: «Dígote yo que la madre Ignacia Galdós, que era una santa pues ¿lo dudas ó qué? subió al cielo el día de la Purísima Concepción del año en que tuvimos la crecida del río.» Secamente afirmó el sacristán: «El noventa» y los cuatro abandonamos el recinto mudo y tétrico. Acompañándome hasta la fonda, díjome el sacristán que no tenía noticia de que hubiera en Azpeitia persona del apellido que llevaba la santa religiosa; pero que un señor muy entendido en linajes, hablando en la sacristía de la parroquia, había sostenido que únicamente en la Habana había ya Galdoses... En la Habana y en otras islas de por allá.

Tempranito sentíamos los huéspedes de la fonda que no éramos madrugadores un toque-

cito de nudillos en la puerta. Era la camarera que nos decía: «Caballero, ha perdido dos misas: ya solo falta una, que si no se levanta pronto, la perderá también.» Esto no iba conmigo. La segunda mañana que allí estuve me levanté á buena hora y tomando mi desayuno díje á la patrona: «Yo voy á misa al Santuario de Loyola, que está á mitad del camino entre Azpeitia y Azcoitia.» Dicho y hecho; á pie me fuí al famoso monasterio, centro y emporio de la orden ignaciana. Grandiosa escalinata da ingreso á la iglesia, que es de traza circular. Dominan en

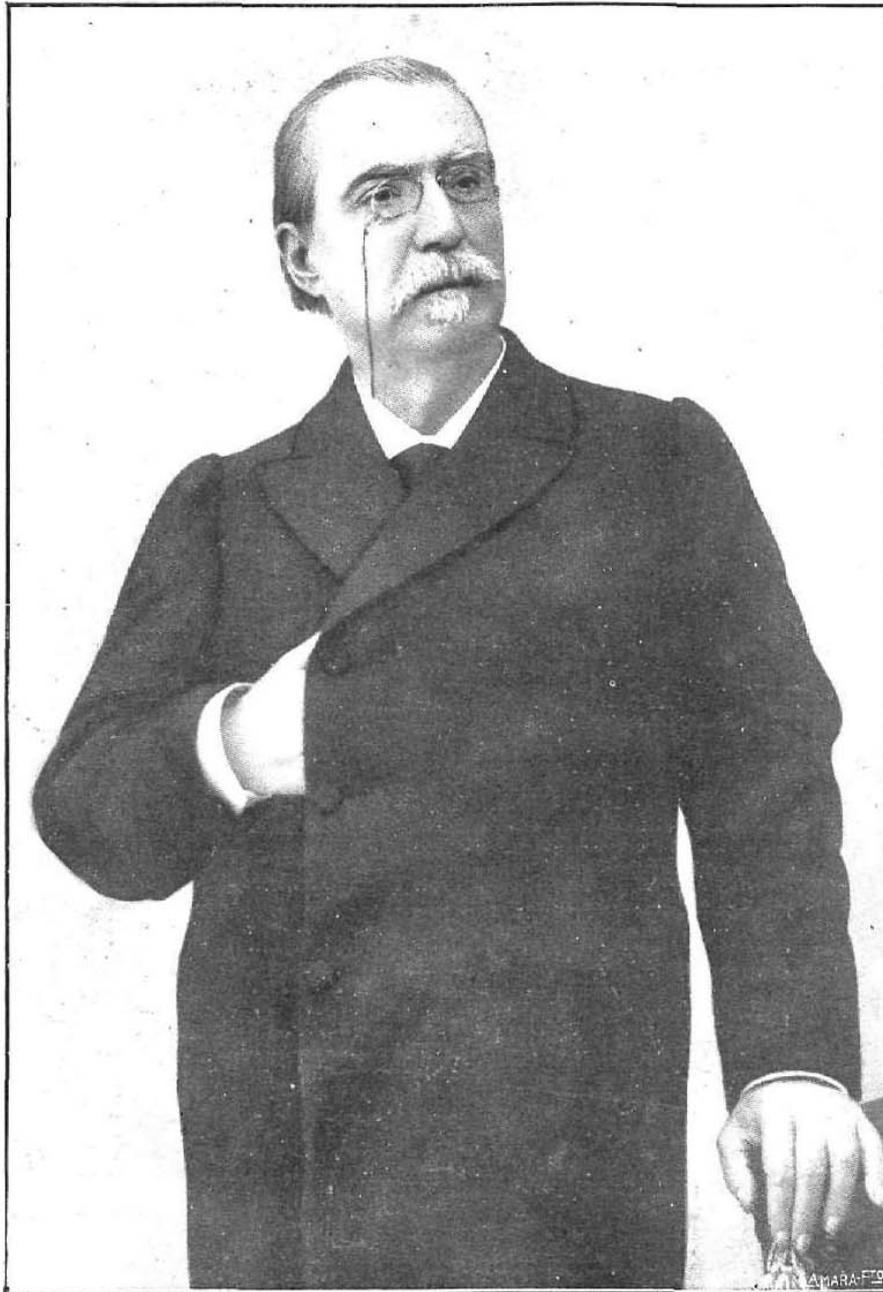
el mismo piso, ricamente adornado, se venera la estancia en que nació el fundador de la Compañía... El colegio, propiamente llamado Imperial, pude verlo aunque muy á la ligera. Es tan grande como suntuoso. El hermano lego que me guiaba por aquel complicado laberinto, me dejó admirar rápidamente los espaciosos dormitorios, comedores, aulas, bibliotecas y otras dependencias de aquel que más que colegio debía llamarse grandiosa Universidad. Salí de Loyola con la sensación intensa de las poderosas ramificaciones del jesuitismo en todo el orbe católico.

Caminando hacia Azcoitia no se apartaba de mi pensamiento la perdurable relación de mi abuelo con el nombre del creador de la Orden ignaciana. Ignacio se llamó uno de mis tios, Ignacio mi hermano é Ignacio dos sobrinos míos. En Azcoitia me metí en una diligencia que salía para Elorrio y allí tomé otra que á Bilbao se dirigía.

Aplazadas para días próximos las visitas que con las cartas de Melia pensé hacer á poblaciones navarras, de Bilbao me fuí á Madrid. Apretábame á ello el deseo de encerrarme por algún tiempo en mi casa editorial, recientemente establecida en la calle de Hortaleza, para activar los trabajos de la venta de mis obras y de la preparación de *Zumalacarrquí*, que había de ser la primera de la tercera serie proyectada. En el despacho de la calle de Hortaleza era punto fijo la vagorosa Ninfa que Dios me había deparado para auxilio y guía de mi entendimiento en el ordinario trajín de los menesteres literarios. Por cualquier fútil motivo agriamente me reñía, llamándome holgazán, olvidadizo y que se yo qué. Una mañana me salió con esta cantinela: «Tontaina, ¿no sabes que te has comprometido á no dilatar tu ingreso en la Academia? La fecha en que fuiste elegido se pierde ya en los tiempos de Maricastañas. Ya debieras haber escrito ó por lo menos pensado el discursillo que es de ritual en acto tan solemne.» Con repetidas instancias de este jaez la discreta Ninfa ganó mi voluntad y puse mano en la pieza oratoria que me salió corta y ceñida. Hice el debido elogio de mi antecesor en la silla N., D. León Galindo de Vera, y tuve la suerte y el honor de que se encargara de contestarme el insigne polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo. El acto resul-

to muy lucido, destacándose el admirable discurso de Marcelino sobre el mfo, modesto y tímido en su complexión oratoria. Dos semanas después ingresó en la docta corporación el gran escritor y novelista D. José María de Pereda. Mi amistad estrechísima con el insigne montañés me movió á reclamar la honra de contestarle. Así se hizo y si Pereda fué justamente aclamado, yo no quedé mal en aquella segunda prueba. Los cuatro discursos de estas dos recepciones fueron publicados después en elegante volumen por la casa editorial de Victoriano Suárez. Corría Febrero loco de 1897. El año ¡ay! se presentaba con poco seso. En Agosto fué asesinado en Santa Agueda el más alto de nuestros estadistas: Cánovas del Castillo... Con silencioso y traicionero andar venía hacia España el siniestro 98.

B. PÉREZ GALDÓS



D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO

ella el mal gusto artístico y la riqueza en mármoles y jaspes, materiales que tanto abundan en el próximo monte de Izarriz. En documentos del siglo XVIII hemos visto descripciones ampulosas y un tanto fantásticas de este soberbio edificio. Dicen que en él se ha representado un águila al vuelo, cuyo cuerpo es la iglesia, el pico la portada, las alas el nuevo edificio destinado para seminario y la Casa Santa de Loyola á uno y otro lado del templo; la cola forma el refectorio y otras oficinas. Examinada la iglesia vi la Casa Santa, edificio lugareño de piedra y ladrillo donde vió la luz el fundador de la Compañía de Jesús. En una de las estancias del piso tercero hay una sagrada, porque en ella convalteció el Santo de la caída y heridas que hubo de sufrir en el Castillo de Pamplona siendo militar. Dicha capilla está revestida de jaspes y ornada de pinturas y esculturas muy lindas. En